This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

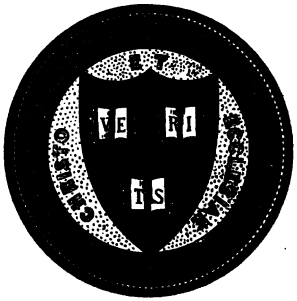
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

34779.05



Harvard College Library

FROM

The National Library of Chili.

EL TERREMOTO
DEL SEÑOR DE MAYO

EL TERREMOTO
DEL SEÑOR DE MAYO

I. CONCHALÍ

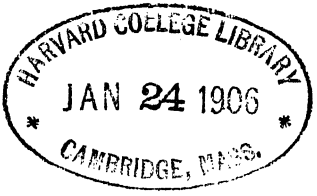
EL TERREMOTO

DEL SEÑOR DE MAYO

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 50

1905

SA 6779.05



National Library of Chile

EPISODIOS NACIONALES

EL TERREMOTO DEL SEÑOR DE MAYO

Muchos creen todavía—tan poco se conoce la historia nacional—que la noche más triste de Santiago en los fastos de sus calamidades, es la de aquel 8 de Diciembre de 1863, esa negra y maldecida noche en que dos mil mujeres, entre ellas la flor y orgullo de sus salones, comprimidas dentro de los muros de la Iglesia de la Compañía y bajo una doble capa de cuerpos y escombros, empapadas de aceite, ardieron poco á poco, lenta *y aun se diría* que suavemente, desde los pies á la cabeza, hasta que los cráneos pelados y rotos, estallaron con

pequeñas explosiones, dejando al aire rosado de las llamas la masa blanca de los sesos, al modo de aquellas antorchas de carne viva con que otro siniestro histrión iluminaba sus jardines con cuerpos desnudos de vírgenes cristianas que ataba al tronco de sus árboles, y bañándolos de resina prendíales fuego en homenage á la divinidad de los dioses de su tiempo ¡que también los dioses tienen su tiempo!

Ciertamente, todo el fervor de la Santa Inquisición jamás llegó á ofrecer al entusiasmo religioso de los devotísimos monarcas españoles, un Auto de Fe de tan regias proporciones.

¡Dos mil y tantas mujeres en una sola hoguera!...

Pero la noche del 13 de Mayo de 1647, cuyo aniversario recordamos, fué para Santiago mucho más larga, aunque menos brutal que la de aquel incendio con sus dos mil cadáveres carbonizados.

Fácil será verlo, entresacando de papeles nuevos y viejos, las impresiones y recuerdos que cuidaron de consignar por escrito algunas de las víctimas de la primera de aquella catástrofe, menos sensible que la otra por la gran razón de la distancia, de manera que parece como sufrida por prógimos desconocidos, desde

que no hay de común entre el Santiago de hoy y el de aquellos apartados entonces más que la tierra que suele temblar bajo nuestras plantas (1).

EL AUTOR.

---

(1) Estos apuntes, salvo las enmiendas y adiciones hechas ahora, se publicaron en 1894, con el sólo propósito de satisfacer la amistosa exigencia de la Dirección de *La Libertad Electoral*, la que se empeñaba en vulgarizar el conocimiento de los sucesos notables de nuestra historia, en bien de los que, deseando instruirse en ellos, no tienen tiempo ni facilidades para leer grandes obras.

En esta nueva publicación, en la que todo el trabajo se lo lleva un amigo de aumentar el número de las publicaciones del país, no debe verse otra mira que la de prestar este pequeño servicio á dichos lectores.—EL AUTOR.

EL OBISPO VILLARROEL

EL OBISPO VILLARROEL

De los historiadores y cronistas del terremoto de 1647, sobrevivientes ó contemporáneos, ninguno tan digno de ser considerado como el venerable fray Gaspar de Villarroel, Obispo de Santiago de Chile, de La Serena y de Cuyo, que también era Chile en esos tiempos.

No serán, pues, perdidos algunos minutos de amistad con Fray Gaspar.

Su vida de Obispo, dedicada á la caridad, es como la sombra de un hermoso árbol en medio de una llanura desolada.

El hizo de las ovejas pobres de su rebaño la familia de su corazón, y ejemplo tan raro, debe revivir siquiera sea en el papel.

Fray Gaspar no era fraile chileno; pero como

hombre, sacerdote, orador y literato, ningún otro ejerció influencia mayor sobre la sociedad de Santiago en todo el siglo XVII.

No dejó él de mistificarla con sus leyendas de milagros, que difundía de palabra y por escrito, enviciando los espíritus en los prodigios y encantos de la fé; pero la edificó también con sus virtudes, y en las tribulaciones de aquella horrible catástrofe, elevándose á la altura de un héroe, él fué el paño en que Santiago enjugó sus lágrimas y el sudor de sus agonías.

***

Don Gaspar de Villarroel y Ordenes de Cárdenas, nació en Quito del Ecuador en el último cuarto del siglo XVI. Talvez en 1587.

El mismo refiere que vió la luz en «una casa pobre, sin tener mi madre un pañal en que envolverme».

«Dicen, agregaba, que era yo entonces muy bonito y á título de eso me criaron con poco castigo».

Por el detalle de no haber un pañal en toda la casa, por pobre que fuera, para abrigar á un recién nacido, se irá ya viendo que el señor Villarroel sufría un poco del mal de la imagi-

nación, lo que se explica desde luego por lo ecuatorial de su cuna y, en seguida, por la calidad especial de sus estudios.

Se puede decir que abrió los ojos en el mundo fantástico de los milagros; porque sirviéronle de cartilla para aprender á leer algunas vidas de santos, de modo que toda esa maquinaria de hechos sobrenaturales, grabada en su mente desde la más tierna infancia, creció con él, imprimiéndole como rasgo distintivo de su carácter esa credulidad inocente del fraile bueno.

Creía santamente que la naturaleza no hacía otra cosa que intervenir en los negocios humanos, y que paraba el sol y la tierra, mandaba la lluvia ó el buen tiempo para manifestar sus opiniones; mas estas creencias y muchas otras iguales, eran comunes á todos los hombres de todos los pueblos colonizados por España. Constituían toda la ciencia de ésta, y fueron el evangelio que impuso á sangre y fuego á los pueblos que cayeron bajo los cascos de sus bridones de conquista.

Pero si tal pasaba con el señor Villarroel, tenido entre los suyos por un sabio ¿cuál sería entonces el estado intelectual de la muchedumbre y de la plebe?

¡Qué de horrores cuesta esa ignorancía y cuántos siglos detuvo esa conquista la marcha de la civilización!

. . . . . .

Llevado á Lima por sus padres en 1607, Villarroel tomó allí el hábito de fraile agustiniano y se graduó de doctor en la Universidad de San Marcos. Tiempo después hizo un viaje á España.

«Llevóme á España, dice él mismo, la ambición, compuse unos librillos, juzgando que cada uno había de ser un escalón para subir.»

Allí publicó algunas de sus obras y le soplaron tan buenos vientos, que predicó varias veces en la Corte, algunas hasta en presencia de los reyes, y al fin fué elevado á la categoría de Obispo de Santiago de Chile, de Cuyo y de la Serena, merced al valimento de parientes que tenía en la nobleza.

Ocho años duró su residencia en Madrid. Los tiempos eran malos y las costumbres no podían ser peores: reinaban Felipe IV y su esposa doña Isabel de Borbón: él tenía amores tan públicos como son siempre los enredos con damas de teatro, y la señora, al parecer, no carecía de los suyos, aunque en más elevado campo.

Así cuentan que una tarde el rey, inocente-

mente, quiso dar á la reina un susto. Esperóla escondido en una galería oscura y al pasar le cubrió los ojos.

—¿Qué me quereis, *conde?* dícen qué exclamó la reina sin enojo.

No mucho tiempo después, un gentil señor, conde y no rey, y «jóven, bello, bien formado, bravo, magnífico, galante é ingenioso», el conde de Villamediana, de quien se sabía que amaba á la reina tan locamente que en una fiesta de la Corte se presentó con esta divisa: *Mis amores son reales*, ese apuesto galán, digno, en verdad, de los favores de una reina, fué asesinado al salir del Palacio Real y por un servidor del rey, según la opinión de todo Madrid.

Don Francisco de Quevedo, *Padre Padilla* de su época, era el poeta de las damas. A las monjas las galanteaban en la calle pública. Pero de toda la inmensa corrupción que fomentaban los reyes, la nobleza y el clero y á cuyo compás bailaba el pueblo la suya, el buen padre Villarroel no vió absolutamente nada. Ni siquiera oyó un chascarrillo de verduras amorosas. Llamaba á la reina religiosísima señora, esposa de Felipe el Grande, y creía que usaba cilicios, sin que su inocencia de provinciano llegara á sospechar que cuando la suponía en

la iglesia, ella recorría la *cazuela* de los teatros (ya tenía este nombre) haciendo reñir á las chulas.

Lo que vió fué una quemazón á fuego lento de judíos portugueses que dispuso el rey en testimonio del triunfo de la fe.

Fray Gaspar viólos por sus ojos en las parrillas de la Santa Inquisición, y de tal modo ciegan y endurecen las preocupaciones religiosas, que ese hombre, cuyo rasgo sobresaliente fué la bondad de su alma de niño, encontró portentoso ese suplicio salvage, dado en espectáculo á un pueblo encanallado con semejantes ejemplos y enseñanzas.

«Cuando no hubiera yo ido, dice, desde las Indias á España, si no á verlo, fuera ese viaje dichoso.»

Después refiere que el delito de aquéllos judíos consistía en haber azotado á un Santo Cristo, con tal zaña que éste llegó á decirles:

—«¡Desdichados!.... ¿Por qué me tratáis así? ¿No véis que soy vuestro Dios»?

Por toda respuesta, los tales judíos dieron con el crucifijo en el fuego, sin que les amedrentara la circunstancia de que una imagen de madera entrara á parlamentar con ellos.

Afortunadamente, no es bajo esos repugnan-

tes arreos de inquisidor que el señor Villarroel nos pertenece. Aún no había puesto sus pies en nuestro suelo. A Chile vino resuelto á seguir un sabio consejo que le había dado, al salir de Lima, el virrey, conde de Chinchón, á título de gobernador viejo:

—En esto se cifra, díjole el virrey, «toda la razón de estado que cabe en un buen Gobierno: no lo vea todo, ni lo entienda todo, ni lo castigue todo».

*
* *

Lejos, aquí, de la atmósfera de fanatismo y de vicios que apestaba á España, y como si la dulce serenidad de nuestro cielo hubiérale devuelto su infinita benevolencia, el obispo de Santiago fué en su diócesis otro muy diferente de aquel fraile que tanto gozara con los judíos asados á la brasa.

Deuda es probarlo, y la tarea fácil y grata de cumplir; porque muchos contemporáneos escribieron en Santiago acerca de la vida del obispo, algunos tan abonados como don Francisco López de Zúñiga, marqués de Baides, Presidente de Chile. Y todos ellos están conformes en sus juicios. Aun las palabras que emplean

para enaltecer sus virtudes y agradecer sus servicios, son casi las mismas.

Todos lo llaman *el padre de los pobres.*

De diversos documentos aparecen uniformemente comprobados los hechos siguientes:

Según el marqués de Baides, el obispo tenía tasadamente cuatro mil pesos de renta y daba cada año tres mil de limosna, atendiendo con lo restante á su persona y casa. En esta vivían no menos treinta personas.

Usaba invariablemente el hábito de su orden. Algunos dicen que no tenía otro que el mismo con que llegó á Santiago, el cual estaba tan remendado y vuelto, que á no ser por el roquete y el pectoral, el obispo no se distinguiera del lego más infeliz.

Su ropa interior era de lana. No tenía carroza ni aparato alguno de ostentación mundana. Comía un sólo plato y su cama era como de un galgo, según su propia comparación «y se reprendía si en la cama un pie suyo tocaba al otro».

Y en todo cuanto se refería á su persona en particular, era sencillo, humilde, y hasta se diría que avaro, si lo que se robaba á sí mismo en el vestir y comer no lo derramara á manos llenas entre los necesitados.

No hay más que verlo.

Todos los lunes, religiosamente, enviaba á la cárcel pública lo necesario para el pan y la carne que los presos debían consumir en la semana.

El mismo día, daba dos reales de limosna á todo pobre que llegaba á su casa.

Los viernes iba de su palacio al Hospital de San Juan de Dios, viaje larguísimo en aquellos años, y llegaba cargado de regalos que repartía de cama en cama, dejando á cada enfermo otros dos reales.

Pasaba con ellos algunas horas del día, consolándoles, y siempre preferia á los moribundos. A los más asquerosos por sus dolencias, les servía por sus propias manos para quitar á los sirvientes las esquiveces de la repugnancia.

Destinaba los sábados á socorrer mujeres pobres, de las cuales iban cerca de doscientas á su palacio, esto aparte de las mesadas que daba á familias vergonzantes.

Visitaba además los arrabales, buscando á los necesitados que no podian llegar hasta él por imposibilidad ó vergüenza.

Público y notorio era en la ciudad que su escasa vajilla, su anillo espiscopal (no tenía más que uno) y otras prendas de su ministerio, fueron

empeñadas en tiendas y casas de juegos, en más de un caso en que no tuvo con qué aliviar una desgracia que golpeaba á sus puertas.

Y aunque tales apuros pasaba, viviendo casi en la miseria, nunca el señor Villarroel admitió regalos ni siquiera de sus monjas, muchísimo menos de sus confesadas, por ricas que fueran. Antes por el contrario, en dos incendios que hubo en el Monasterio de Santa Clara, él de su peculio reparó todos los daños, y habiéndole enviado las monjas del mismo convento, después de un sermón que les predicó, un presente que valía más de cuatrocientos pesos, lo devolvió todo, admitiendo solamente un bizcochuelo. Y aún cuando las quería con amor de padre, especialmente á las Agustinas, nunca les permitió que besaran su mano.

Pero como todo lo dicho puede ya ir pareciendo un poco inverosímil al excepticismo humano en esto de dineros y bondades, se hace, indispensable, para ser creido, citar nombres de autores respetables, copiando sus mismas palabras.

Fray Bernardo de Torres, cronista de la orden de San Agustín, refiere este caso:

"Y ocasiones se ofrecieron, dice, en que, no estando en casa el mayordomo, llegaron nece-

sitados dos pobres, uno sin calzones y otro sin camisa, y lo dejaron desnudo, porque, para el uno se quitó los calzones, y para el otro la camisa."

El Presidente, Marqués de Baides, cuenta por su parte, que vió al obispo vender su pontifical para un donativo, y agrega: "y resistiéndole los señores oidores y yo porque sabíamos sus muchas limosnas, y lo poco que vale su renta, arguyó contra nosotros, y añadió otro gran retazo, dando por si sólo en dinero otro tanto como dió su cabildo. Y después, sustentó de carne, dando en pie las reces, á doscientos soldados que envié de socorro al puerto de Buenos Aires. Y ahora nuevamente ha ofrecido gran cantidad de harina para el socorro del presidio de Valdivia."

Hubo por esos años en Santiago una cuadra á la que el pueblo llamó del Obispo, honrando así otra obra de caridad que el señor Villarroel hizo con "la pobre madre del beneficiado Diego de Alegría, que viéndola Vuestra Ilustrísima cargada de años y enfermedades, sin tener un rincón en que albergarse, le mandó cercar una cuadra y hacer vivienda en ella, con su mesma gente, quedándose todo aquel tiempo sin un

esclavo que le sirviera en su palacio." (Padre Provincial Aillón de la misma orden).

Sin embargo, tenía en Santiago una hermana y una sobrina, que después fué monja agustina; pero no vivían en el palacio del tío; porque «es cosa decentísima, decía éste, y digna de alabanza, que los obispos no tengan consigo, por santas que sean, sobrinas ni hermanas.

«Tener un Obispo parientes principales en su casa y no fiarles la superintendencia, es dudar de sus virtudes y dárselas es poner tutores apretados á los pobres. Y deudos codiciosos con ánimos de hacerse ricos, poco ayudarán al Obispo».

Si esto demuestra que los vínculos de la sangre no se sobreponían en Villarroel á los deberes de su puesto, tal como él los entendía, el hecho siguiente tiene más elocuencia aún.

Un criado de su hermano el doctor don Juan Cárdenas de Órdenes, cometió un asesinato en Valparaíso; conducido á Santiago con la custodia correspondiente, salió Cárdenas á su encuentro, sobornó á los guardianes y el reo se asiló en una iglesia.

Las relaciones del Obispo con el Corregidor y la Real Audiencia no eran cordiales. Lejos

de eso, éstos buscaban la ocasión de vengar agravios dolorosos de amor propio, fueros atropellados y otras demasías del Obispo. Poco antes había ocurrido este suceso: El Corregidor prendió á un clérigo de órdenes menores; lo arrastró por medio de la plaza y á mojicones lo entró á la cárcel, metiéndolo de cabeza en el cepo.

Villarroel exigió que le entregaran al clérigo y como no fuera atendida su demanda, excomulgó al Corregidor.

El atentado de Cárdenas venía, pues, á ofrecer regalada la oportunidad que buscaban los agraviados. Castigando al hermano pegarían en carne del Obispo, pero éste era más hombre que sus enemigos.

Villarroel prendió á su hermano, remitió la causa al provincial de Santo Domingo y al tercer día, mientras la Audiencia resolvía cédulas; y «porque no pareciese que aquel delito se había hecho á la sombra del Prelado y que á ese título andaba yo remiso, hice abreviar los términos, refiere el mismo. Y cuando en la Real Audiencia se estaba descubriendo la maraña... lo hice yo sentenciar en suspensión de todos sus oficios y en destierro de esta ciudad por cuatro años.»

Cárdenas era cura de la Catedral, Rector del Seminario y Visitador del Obispado.

Impuesto de los autos el Arzobispo de Lima, escribióle á Villarroel, diciéndole: Más quisiera ser su enemigo que su hermano.

A pesar de sus años y dolencias, se le veía dejar su casa y su rebaño: no en trajín de honores sino para cumplir heróicamente piadosos deberes en pueblos apartados y menesterosos, sin gravarlos con ninguna fiesta ni consentirles vanidades.

Véase uno de los viajes que hizo el señor Villarroel, referido por el marqués de Baides:

«Fué á la provincia de Cuyo, pasando la cordillera y la Sierra Nevada con evidente peligro de su vida. Estuvo en aquella provincia diez meses, padeciendo hambres y necesidades. Y una de ellas fué el hurtarle á US. en un desierto cuarenta bueyes y seis indios, con que se le desaviaron las carretas de que, en aquella tierra, se usa. Y estando para perecer con toda su familia, no sólo no se enojó, ni habló palabra; pero queriendo yo hacer castigar aquel tan grande desacato y sabiendo US. quién lo hizo, lo encubrió y me pidió con instancia que no hiciese pesquisa.

«Volvió US. de aquella peregrinación hu-

yendo de víboras, chinches, calores, hambres, rayos y aguaceros, de que abunda aquella provincia en el verano, y le impidió la nieve el camino, con que padeció los trabajos de entreambos tiempos. Y arrojándose á la cordillera por navidad, estaba tan cerrada que, no pudiendo bajarla á mula sin evidente peligro de la vida, se puso en otro peligro mayor, que fué ir rodando por la nieve más de cinco mil estados, arrastrándole con una soga en un pellejo... Llegó US. al desierto de Uspallata con una recísima calentura; y habiéndose perdido su cama, y no llegando la de sus criados, se acostó sobre la piel de un toro; y para comer, no tuvo más regalo, que un poco de cesina tostada y molida, ni más pan que un poco de maiz. Y uno de los señores Oidores me dijo que esta no fué visita, sino una misión apostólica».

***

El Obispo Villarroel ha sido talvez el único extranjero que se ha quejado del clima de Chile. Vivo muriendo, decía, frecuentemente. Padecía de dolores de cabeza en cuanto soplaba viento de cordillera. Verdad que habiendo

residido en el Perú durante muchos años, debía sufrir con los inviernos relativamente fríos de Santiago; pero nada le habría sido más fácil que libertarse de sus rigores en mil sitios templados, que tenía tan á la mano, como Quillota.

Acaso tales quejas disimulaban muchos encubiertos deseos del prelado.

No quería dormir su último sueño en ajeno sepulcro. Sentía también la nostalgia del hermoso país de su infancia y de sus primeros triunfos. «Tengo, decía, á Lima en el corazón» y aún cuando en más de una vez se reprochó el haber admitido el cargo de Obispo, «aconsejado de mi poca edad y apadrinando mi ambición la corta experiencia del tamaño de la carga» lo cierto es que aspiraba á un justo ascenso en su gloriosa carrera.

Al cabo esto se cumplió.

En 1651 fué nombrado Obispo de Arequipa y después elevado al rango de Arzobispo de Charcas. En ambos puestos continuó su obra de caridad y de consuelo. Al morir repartió sus libros, única riqueza que tenía, entre los conventos y aquellos clérigos pobres que manifestaban amor al estudio.

Habiéndole insinuado una vez en Santiago

la conveniencia de que hiciera construir para sus restos un mausoleo en las naves de su querida Catedral, como lo hacían los arzobispos de Lima y otros lugares:

—«Digo, contestó Villarroel, que eso es muy justo; pero en eso no he dudado, porque pienso enterrarme donde se entierran los negros y los indios. Los obispos que dejan en mármoles sus memorias, hagan esas diligencias».

Y por poco no se cumplen sus deseos, pues su capellán tuvo que pagar el valor de la sepultura y los gastos del entierro.

Y en nada de todo lo dicho, cabe aquello de que á luengas tierras luengas mentiras, si se atiende á la alteza de los testigos que hemos citado.

SANTIAGO
Á LA FECHA DE LA CATÁSTROFE

SANTIAGO Á LA FECHA DE LA CATÁSTROFE

Pero antes de ver lo que fué el terremoto y considerar los estragos que causó, conviene echar una ojeada á vuelo de pájaro sobre el Santiago de aquel entonces, esto es, á los ciento seis años y días de su fundación.

El padre jesuíta Alonso de Ovalle, que salió de Chile en 1601, ha dejado un plano de la ciudad en su obra *Relación Histórica del Reino de Chile,* junto con datos muy curiosos de su vida y constumbres; pero, á decir verdad, debe desconfiarse un poco de los alegres cuadros que pinta y de las proporciones que da á aquella; porque salta á la vista que al buen padre, que era chileno y santiaguino, lo arrastró el amor de la tierra cuando en Europa escribió su obra.

En aquel plano, Santiago aparece como una ciudad inmensa, de líneas rectas, sin que ningún claustro cerrara ninguna calle, y poblada más alla de la Cañada, el río y el Huelen. Parece que cien mil almas cabrían en su radio de manzanas admirablemente regulares.

Sin embargo, los habitantes no pasaban de seis mil, distribuídos en unas trescientas y tantas casas, y la parte urbana no se extendía mucho más allá de estas cuatro iglesias: Santo Domingo, San Agustín, la Merced y San Pablo, á la altura de la calle de Teatinos.

Las calles no tenían nombres, ni las casas números. No había serenos ni cosa que se pareciera á policía de seguridad y mucho menos de higiene. Por lo demás, ni pavimento, ni alumbrado.

Cada cuadra tomaba el nombre del vecino más conocido, como la de Ahumada, por el solar de don Valeriano de Ahumada (casa de la familia Matte) y la de San Antonio por la quinta que allí, vecina á San Francisco, tenía don Antonio Mendez de Contreras. (Esquina poniente de Alameda y San Antonio).

Pero óigase un poco al padre Ovalle:

Después de señalar los límites del valle de Santiago y decir que el pie de las cuestas y

ásperas montañas de Lampa, calzaba oro fino por ser de tan subidos quilates el que se halla en las ricas minas que hay en todo él, el padre hace esta pintura de la planta de la ciudad:

«En este valle, dos leguas de la cordillera á la orilla del río Mapocho, crió Dios un cerro de vistosa proporción y hechura, que sirve como de atalaya, de donde á una vista se ve todo el llano como la palma de la mano, hermoseado con alegres vegas y vistosos prados en unas partes y en otras de espesos montes de espinales.

«La planta de esta ciudad no reconoce ventaja á ninguna otra y la hace á muchas de las ciudades antiguas que he visto en Europa; porque está hecha á compás y cordel... Cada una de estas cuadras se divide en cuatro solares iguales, de los cuales se repartieron uno á cada vecino de los primeros fundadores y á algunos les cupo dos; pero con el tiempo y la sucesión de las heredades se han ido dividiendo en menores y menores, de manera que hay en cada cuadra muchas casas y cada día se hacen nuevas divisiones.

«Las calles son todas de una misma grandeza y medida y tan anchas que caben muy holgadamente en ellas tres carrozas juntas; tienen

todas de la una banda y de la otra sus calzadas de piedra y el espacio intermedio queda libre para el trajín de las carretas».

Lo de medir por carrozas el ancho de las calles, era fantasía patriótica del padre; pues Santiago no las vió, á no ser que pintadas, hasta muchos años después. Se conoció la primera en 1661, y su rodado sacaba de sus casas y casillas á los novedosos vecinos, lo mismo que temblor.

Las acequias cruzaban las manzanas por el centro, y para facilitar el tráfico de las carretas había puentes de cuadra en cuadra en las calles de atravieso. Ovalle afirma que no se bebía el agua de las acequias, sino la del río ó de pozos que eran muy abundantes. Pero como estarlo viendo que el pueblo bebía de aquélla. Los regalones y pudientes buscaban la de los manantiales vecinos. En la pila de la Plaza corría ya el agua famosa de Ramón.

Naturalmente, la plaza de Armas era lo más pintado de la ciudad, desde que Valdivia edificara allí su morada.

En ella estaba «el mayor comercio de los negociantes, mercaderes y pleiteantes. Los dos lienzos que caen al oriente y al sur están todavía á lo antiguo, aunque se han hecho en ellos

de nuevo muy buenos balcones y todos los altos con buen ventanaje para ver los toros y demás fiestas que allí se hacen.

«El lienzo que cae al norte está todo de soportarles y arcos de ladrillos, debajo de los cuales están los oficios de escribanos y secretarios de la Audiencia y Cabildo, y en los altos están al principio las casas reales con corredores á la plaza y las salas del Cabildo y regimiento, y en medio están las salas de la real cancillería con otras pertenecientes á ellas, con sus corredores así mismo á la plaza, y por remáte, las casas reales donde viven los ministros del Rey y están las salas de la contaduría, etc.

«El lienzo que cae al occidente lo ocupa, lo primero, la iglesia Catedral...

«En lo restante de este lienzo hasta la esquina, y aun volviendo la calle hasta media cuadra, se han labrado, poco há, las famosas casas episcopales con un curioso jardín y muy alegres piezas y cuartos altos y bajos y soportales de ladrillo, con corredores á la plaza que así como hermanan con el lienzo septentrional tuvieran igual correspondencia por la parte del sur y del oriente, fuera una de las más galanas y vistosas plazas que hay, porque es muy grande y perfectamente cuadrada.»

Las proporciones de la plaza eran las mismas que hoy día, igualmente el ancho de las calles, desde que la de Ahumada y la que después fué del Rey (Estado) medían, la primera diez metros y algunos centímetros y la segunda diez cabales.

¡Pero cómo no serían de grandes para el padre en 1641 y para una población de seis mil habitantes, cuando son todavía las mismas en mucha parte, doscientos cincuenta y tres años después!

La calamidad de nuestras calles estrechas no fué, pues, hija de la imprevisión de aquellos fundadores que vivían en casas cuyos moginetes se tocaban con la mano, empinándose.

En cuanto á la Catedral que era toda de piedra blanca, aunque contaba tres naves, su frente no daba á la plaza, sino á la que es hoy calle de su nombre, y en ambos extremos tenía sendas capillas. Completaban la manzana, siguiendo del palacio del Obispo hacia la plazuela de la Compañía, el cementerio de la iglesia y una vivienda de jesuítas.

A más de la pila, la plaza lucía este monumento de las plazas españolas: no la Escuela como entre los colonos de Virginia, sino la hor-

ca, de la que cayó años más tarde, un bellaco llamado Pascual de Castro.

*
* *

En cuanto á la Cañada, el padre Ovalle le canta esta loa de santiaguino á la que es ahora nuestra Alameda:

«Una calle sola hay muy ancha, que tendrá de espacio tanto como cuatro ó cinco de las ordinarias y podrán caber juntas unas doce ó quince carrozas. Esta quedó al lado del sur y corre de oriente á poniente desde el principio hasta el fin de la ciudad, de manera que entrambas salidas las tiene al campo y así es más larga; llámase ésta la Cañada, y aunque al principio no pasaba de allí la ciudad ni se extendía más adelante, ha ido creciendo ésta de manera que se ve hoy esta Cañada cercada de huertas y edificios del uno y otro lado; y la iglesia de San Lázaro que está en ella, y me acuerdo yo cuando se veía fuera ya de la ciudad, la cojen hoy dentro muchas cuadras que se han fabricado más adelante, de manera que viene á estar ya en buen paraje».

El padre continúa:

«Es esta Cañada absolutamente el mejor si-

tio del lugar, donde corre siempre un aire tan fresco y apacible que en la mayor fuerza del verano, salen los vecinos que allí viven á tomar el fresco á las ventanas y puertas de la calle; á que se añade la alegre vista que de allí se goza, así por el gran tragín y gente que perpetuamente pasa, como por las salidas que hay á una y otra parte y una hermosa alameda de sauces con un arroyo que corre al píe de los árboles, desde el principio hasta el fin de la calle; y el famoso convento de San Francisco, que está ilustrando y santificando aquel sitio con una famosa iglesia de piedra blanca hecha de sillería y una torre á un lado hecha de lo mismo, y tan alta que de muy lejos se da á la vista á los que entran de fuera; es de tres cuerpos con sus corredores y remata el último en forma de pirámide; es muy airosa, y de lo alto de ella se goza por todos lados de bellísimas vistas, que son de grandísimo recreo y alegría».

Con todo la Cañada era el cauce seco ó la barranca de un brazo del Mapocho; porque antes que Pedro Valdivia (que aun no tenía ni don ni de) trazara la planta de la ciudad, el río habíala dividido en sus tres grandes porciones: la Chimba, el centro y los campos de ultra Cañada.

El Mapocho en sus creces se partía en la base del Huelén, corriendo una parte Cañada abajo, en tanto que la otra, al rebote de sus peñas, iba á formar la Cañadilla por el mismo procedimiento.

El cerro por el lado del Alto del Puerto (esquina de las calles de Merced y de Tres Montes), llegaba descendiendo hasta la lengua de la corriente ordinaria del río labrador de esas dos grandes vías de la ciudad.

Pero corresponde en justicia á los miembros del Cabildo santiaguino de 1627, el honor de haber conservado la Cañada, legándola á los siglos de los siglos, qué tanto duran las buenas obras de edilidad. En Octubre 29 de ese año memorable, los cabildantes «*mandaron que perpetuamente como al presente está la Cañada, se quede*».

¡Qué no sea posible pagar á ediles que hicieron tan inmenso beneficio á esta ciudad, con el justo premio de que volvieran á ella, y en una mañana de primavera ó en una noche de luna bajo la sombra de sus árboles, contemplaran los resultados de su obra en el curso de las generaciones que allí han vivido y se han amado en esas lunas y en esas sombras, agradeciendo el bien sin saber á quién!

***

El padre Ovalle no entró en más detalles respecto á su paseo favorito; pero ahora son vulgares muchos otros, á contar desde la actual calle de la Maestranza, que era por ese tiempo una quinta que había pertenecido al capitán don Juan García, y en seguida á otro capitán, don Francisco Bardesi, hermano del *Siervo de Dios* y deslindaba á pared corrida con la capilla del Hospital de San Juan de Dios.

Treinta y cuatro años después, Bardesi dió su quinta para convento de las monjas de Santa Teresa de Jesús (Carmen Alto), que llegaron en mula desde Chuquisaca.

No había, pues, calles del Carmen ni de San Isidro, y aquella capilla estaba en la esquina oriente de la calle de Santa Rosa.

Seguía el Hospital cuyo frente de tres cuadras, se unía á los muros de San Francisco, y éstos á los de la capilla de la Soledad, continuando la no interrumpida línea de murallas hasta el boquete de un callejón de servicio (calle de Arturo Prat) que los padres de San Francisco tenían para el trajín de sus campos. Los

terrenos del Hospital, pasando de largo, llegaban hasta el Zanjón de la Aguada.

Desde el callejón de los padres, hasta el camino real del Sur (calle de San Diego) veíanse los tapiales de dos quintas, una de las cuales (la Universidad) pasó después del temblor á manos o por la manga de los padres franciscanos.

Hasta ese punto tenía el nombre de Cañada de San Francisco. El lado norte de ésta estaba mucho más dividido y poblado.

Comenzaba con el molino que fué de don Rodrigo de Araya, al pie del cerro, y en seguida propiedad del Convento de San Agustín. Por el mismo viento continuaban: la ermita y plazuela de San Saturnino; el monasterio de las Clarisas de Santa Isabel; una quinta de la abuela de la Quintrala; otra en que vivió doña Marina de Gaete, viuda de Pedro de Valdivia (esquina de Las Claras) otra más en la casa de la familia Palma Guzmán; la boca-calle de San Antonio; la quinta de Méndez de Contreras; la de Uriona (seguidamente de doña Nicolasa de la Carrera, don Antonio Boza, etc., hasta su actual propietaria la señora de Massenlli).

De la calle del Estado á la de Ahumada seguían otras propiedades de personajes no me-

nos ilustres. Las monjas Agustinas ocupaban el mismo sitio que en el día, más otra manzana, en la delantera de la anterior.

De la línea de Bandera á San Diego comenzaba otra Cañada, la de San Lázaro, y como en aquellas edades no se podía andar por Santiago sin tropezar con propiedades de los jesuítas, desde ahí mismo ya comenzaba una chacarilla de ellos, dentro de la cual tenían un molino y la iglesia de San Borja; pero sin puerta á la vía pública.

Esta propiedad debía llegar hasta las vecindades del Callejón de Padura, que era camino á Valparaíso y como además del molino y de la iglesia los padres de San Ignacio tenían el negocio del aceite de olivas, los vecinos actuales de la calle del Dieciocho deben agradecer á ellos los olivos que son tan comunes en los huertos de ese barrio.

De la iglesia de San Lázaro (casa de don Manuel José Irarrázaval) seguía la Cañada de Saravia, que tomaba su nombre de las viñas del maestre de campo don Jerónimo de Saravia, más tarde llano de Portales y cuyas casas y rancherías circunvecinas enfrentaban al *Callejón del Portugués*, que era la tercera rotura que

por el lado del Sur dejaba á las tres Cañadas el tirón de muros conventuales.

No ofrecía por entonces esa vía otras particularidades. El agua de la acequia de Nuestra Señora del Socorro corría murmurando, barranca abajo, á todo lo largo de la Cañada y por entre sauces y escasos espinos.

Más cómoda que la caja del río para los menesteres domésticos, á esa acequia iban á dar agua y bañar los caballos de guerra, y en sus orillas se instalaban á firme las lavanderas de la ciudad, en alegres grupos de arremangadas y chasconas.

Un puente de cal y ladrillo, echado sobre el cauce, casi ligaba las puertas de San Francisco con las del Monasterio de las Claras, y frente á lo que es hoy la Universidad, los jesuítas habían construído un industrioso pretil que llevaba la corriente á su molino, devolviéndola más abajo, honradamente.

Las basuras de la población se arrojaban en los bajos de la barranca.

***

Hablando de las Cordilleras, el mismo padre Ovalle que iba con frecuencia á contemplarlas

desde la alta torre de San Francisco, dice: «rayando el sol en aquella inmensidad de nieves y en aquellas empinadas laderas y blancos costados y cuchillas de tan dilatadas sierras, hacen una vista que aun á los que nacemos allí y estamos acostumbrados á ella, nos admira y da motivos de alabanzas al criador, que tal belleza pudo crear».

***

Estas bellezas naturales, la blandura del clima y las facilidades del vivir, podían únicamente contrarrestar la acción destructora de las mil calamidades que habían azotado á Chile desde su infancia, impidiendo su despoblación y abandono por el amor con que la gente se arraigaba en su suelo, á pesar de tantos pesares.

Según Ovalle, Chile venía á ser el *non plus ultra* del mundo por su situación geográfica; pero esto mismo dábale la ventaja de que el que entraba ya no salía fácilmente.

Méjico y Lima superaban en muchas materialidades á Santiago, mas ninguna de las dos había tenido que vencer contrariedades iguales á las que la naturaleza opusiera á los con-

quistadores, cual si hubiera querido probar su constancia antes de entregarse á ellos ó defender su independencia á la par que los araucanos la suya.

No recordando otras desgracias que las que vinieron en atado con el terremoto, en pocos años se contaron las siguientes caidas todas sobre Santiago; pues aún las lejanas rebotaban en ella.

Inauguró la serie, en los comienzos del siglo, la destrucción que los araucanos hicieron de las siete ciudades llamadas de arriba (Valdivia, Villa Rica, Osorno, Imperial, Arauco, Cañete y Angol). No quedó en ellas piedra sobre piedra y los pocos sobrevivientes, perseguidos hasta en los barcos en que encontraron refugio, llegaron, al fin, á la capital, llorosos y no más aviados que el hijo pródigo.

Estos peregrinos, en su mayor parte viudos y huérfanos, no hicieron otra cosa que aumentar la pobreza pública y los temores de que Santiago corriera igual suerte. Esa pobreza era tanta que la ciudad no contaba más que una renta de 600 pesos al año.

No salían de estas desdichas, cuando sobrevino el diluvio del invierno de 1609, y «de la humedad hubo tan gran multitud de ratones

(pericotes rabiosos) que parecía la plaga de Egipto».

En el mismo invierno el Mapocho tuvo dos avenidas, volviendo á ocupar sus cauces de la Cañada y de la Cañadilla, con gran destrucción de vidas y haciendas.

En 1618 el río volvió á salir de su lecho y en tanto extremo corría por la Cañada que las monjas Claras tuvieron que abandonar su claustro y refugiarse en la Catedral. Tras de esto vino una peste de viruelas que costó la vida á más de *cincuenta mil* habitantes, siendo que la de todo el reino no pasaba de 150,000.

Concentrando en su alma todos estos dolores y en la impotencia de consolarlos, don López de Ulloa, Gobernador de Chile, murió de melancolía.

No así los santiaguinos que tras de cada golpe, sacaban fuerzas de flaquezas, batallando á brazo partido contra las adversidades que habían hecho nido en sus hogares, como los pericotes de la plaga.

A esto se agregaba que para la infortunada capital no había de Enero á Enero un día de paz.

«Ciento y cuatro años há, agrega Ovalle, que se fundó esta ciudad y otros tantos há que tie-

ne sobre sí la pesada carga de tan prolija y porfiada guerra como la que los indios han hecho y hacen á los españoles... acudiendo á ella con sus haciendas, con sus hijos y vecinos, sin que haya habido tiempo en que, ó no esté con las armas en la mano ó socorriendo al real ejército con dineros, caballos, comida y gente».

A esas guerras, más eran los que iban que los que tornaban, llegando á ser tan penosa que Felipe IV la igualó á la de Flandes para la estimación de servicios en sus ejércitos.

En la práctica, esta servidumbre de la guerra que sangraba á Santiago de hombres y dineros, resultaba mucho más calamitosa de lo que dice Ovalle, sobre todo sí se agregan las crueldades y depredaciones que cometían á lo largo del camino las partidas de voluntarios tanto cuando iban á la guerra como cuando venían á Santiago *á comprar*. De sus manos no escapaban ni los clérigos y frailes: los dejaban á pie, en despoblado, por robarle las monturas.

Pero ¡cuán cierto es que lo que más se ama es lo que más cuesta!

Tan rudamente golpeada por la suerte, la gente de Santiago se abrazaba al terruño cuanto más esquivo.

Después de ocho años de ausencia del Reino

el padre Ovalle volvió á Santiago en 1626, y se quedó asombrado de los adelantos que veía.

«Confieso, dice, que cuando volví á él, no conocí este lugar, según lo hallé aumentado en todo, porque muchos solares donde no había ni una casa los hallé edificados y los que lo estaban, mejorados en altos y más cuartos y viviendas... Debía de haber cuando hice la ausencia que digo hasta doce tiendas de mercaderes; cuando volví eran ya más de cincuenta, y lo mismo proporcionalmente en cuanto á las oficinas y tiendas de zapateros, sastres, plateros, carpinteros, herreros y otras artes, y no sólo han crecido éstas en el número, sino en la cualidad... porque como se han aumentado los maestros y oficiales ha crecido la emulación, y así se hacen ya hechuras muy curiosas y de mucho valor de oro, plata y madera, dorados y pinturas...»

Tan visible y creciente prosperidad venia principalmente de la división y subdivisión de la propiedad y la fortuna, que antes habían sido patrimonio del puñado de conquistadores. Esta era la obra de la muerte que se llevaba á los viejos y de la fecundidad romana de las matronas chilenas, que suministraba á cada partición de finado opulento, diez, quince y

veinte divisores. Doña Catalina Lorenza Irarrázaval, segunda esposa de don Juan Rodulfo Lisperguer tuvo doce hijos. Las otras dos esposas de este señor, le enteraron un total de veintidós herederos, lo cual no constituía una excepción, ciertamente.

En 1640, don Alonso de Escobar contaba ochenta y siete descendientes directos, los que á su vez correspondían á su ejemplo; pues uno sólo de ellos, el general don Luis de Cuevas se presentó al frente de un piquete de ocho hijos, todos armados, á ofrecer sus servicios para la guerra.

***

Las casas eran de adobes, con molduras de piedra blanca, ladrillo ó madera y se construían sobre cimientos sacados del Huelén, el cual medía en esa fecha más de dos millas de circunferencia.

Pero no había construcciones particulares de algún valor. Al menos ningún cronista señala una casa que se diferenciara de las otras por algo digno de mención. El padre Ovalle no habría dejado de apuntarla y describirla gustosamente.

Dando la razón de este atraso arquitectóni-

co, el padre lanza estas justas quejas, hijas de ese su amor á Santiago que en nuestros días lo habria hecho digno del puesto de primer alcalde:

«Lábranse ahora mejores casas, más altas y más autorizadas y lucidas que á los principios, porque los antiguos y primeros conquistadores cuidaban más de sacar oro y gastarlo en soberbios banquetes, en liberalidades y gastos superfluos, que en edificar, como pudieron haberlo hecho entonces, palacios y casas de vivienda de mucha estima, por tener la comodidad de la piedra tan cerca y tener entonces tanta gente».

Pero habiendo Santiago perdido ú olvidado el temor de los temblores, (que no debiera perderse jamás en lo de edificar casas), desde que no recordaba otro remezón fuerte que el del amanecer del Domingo 6 de Septiembre de 1643, empezaron á verse algunas de dos pisos.

Esta pobreza de viviendas hacía contraste notable con la abundancia y lujo de las iglesias.

Al lado de éstas, las otras remedadan palomares. «No parecían edificios hechos de cien años atrás, sino heredados, como en otras partes, de los gentiles ó fabricados de mucho más tiempo atrás».

Ya se ha visto, aunque por encima, lo que era la Catedral. «Es la Catedral, dice Villarroel, obra tan prima y de tan excelente fábrica que, aunque hay otras más suntuosas no hay en las Indias otra que se pueda igualar, quedándonos en los términos de la arquitectura; tiene tres naves de piedra y la del medio unos arcos hechos en forma tal que sólo ellos se pudieran oponer á tan horrible temblor».

No obstante estas grandezas, más opulenta que ella se levantaba en sus vecindades la iglesia del Colegio Máximo de los jesuítas, (la Compañía).

La de Santo Domingo, con dos manzanas de fondo, estaba construída de adobes sobre arcos de ladrillos; pero se ponderaban sus riquezas en ornamentos de brocado, en telas de oro, servicios de plata y cuadros.

La Merced, era también de adobes, y se extendía su claustro hasta el pie del Cerro, donde se levantaba el templo.

El orgullo de San Francisco, después de su torre de piedra, fundábase en la obra primorosa de la sillería del coro.

San Agustín estaba inconcluso: faltábanle algunas obras en la techumbre.

Santa Ana alzábase modestamente donde

ahora está el Monasterio de las Monjas Rosas. Estas, que sólo tenían un beaterio, parece que estaban en la calle que después fué de las Hormigas y hoy de Santo Domingo.

Los demás templos, ermitas y capillas como las Agustinas, las Claras, San Saturnino, San Juan de Dios, etc., etc., no ofrecían nada de particular, á no ser lo que dijo el virrey Armendariz: que de cada uno de los conventos de Santiago podían salir cuatro de los de España, siendo que esta última era para conventos la mejor tierra de la cristiandad.

El jesuita Ovalle advierte casi con envidia, aunque su orden poseía una buena parte de la población, que de San Francisco podía decirse que era una ciudad.

En efecto, sus claustros, chácaras y potrerillos se extendían desde la Cañada hasta lo que después se llamó «calle Ancha de los Monos» y hoy es la parte sur del Camino de Cintura.

*
* *

No es fácil reunir en un pequeño conjunto todas las noticias que pueden dar idea de Santiago en aquella remota edad.

Pero no es posible dejar en el olvido algunas que pintan la vida casera de la época.

Así, por ejemplo, las salas y cuadras eran blanqueadas, y en todas ellas la pared mostraba una hoquedad en cuyo fondo se colocaba el velón y las despabiladeras, cuando el despabilar no se hacía á dedos.

Las alfombras venían de Chillán y gozaban de gran fama. Las familias ricas usaban vajillas de plata, labrada en el país; las otras, que eran las más, se servían de las ollas y fuentes de Talagante.

No se conocían los espejos de cristal, ni siquiera los vidrios planos para ventanas.

Las puertas de calle se atrancaban al toque de queda, introducido por el obispo Villarroel, á falta de retreta y de relojes y sobra de ladrones y asesinos. Las diversiones públicas consistían en el recibimiento de los capitanes generales, de los Obispos y Oidores; juegos de caña y corridas de toros en la Plaza, y un centenar ó más de procesiones. Una de las más cultas era la vía sacra rezada en las calles de la ciudad, que instituyó Villarroel «haciendo pintar los pasos en las calles y sacando la procesión el primer viernes de la cuaresma, desde San Agustín hasta la Parroquia de Santa Ana».

En horrible contraste con esta romántica y piadosa conmemoración de la trajedia del Calvario, venía poco después la tremenda procesión de *La Vera Cruz*, que salía á las doce de la noche de la iglesia de la Merced, llamada procesión de Sangre; porque, según el padre Ovalle, que la vió con sus ojos, algunos de los acompañantes, que eran caballeros únicamente, se mataban y otros se abrían las carnes con sus propias manos.

Después de testimonio tan autorizado, no es inverosímil el hecho de que al cortejo se agregaran médicos y practicantes para auxiliar á los penitentes que caían, bañados en sangre, moribundos por los suplicios que se imponían.

Todas estas fiestas de iglesia costaban sumas cuantiosas, á pesar que todos los productos del país eran baratos.

Don Tribaldos de Toledo que en 1634 se regaló comiendo en las mesas de Santiago, hasta el presente de notoria abundancia, asegura que las gallinas, que eran las «mejores del orbe, no valian más de real.»

Y por el estilo, el mejor capón, real y medio, dos ó tres pollos, un real, y un cordero gordo otro real.

El precio de la fanega de trigo fluctuaba al

rededor de un peso, y las vacas se vendían en el sur á veinte reales, más ó menos y á causa de esta baratura no había carnicerías, y Chile exportaba entonces sebo á la Argentina.

El servicio doméstico se hacía con negras y con indias, cuyo salario no subía de dos pesos al mes para aquéllas, y de uno á las otras. Negros habia tantos, que llegaron á ser un peligro público. En 1640 pasaban de cuatrocientos, siendo que los hombres disponibles, según cómputos de Ovalle, no eran más de mil, descontados los indios y los frailes.

Por diferentes causas, como la guerra de Arauco, el número de hombres era casi tres veces menor que el de mujeres.

Los claustros se poblaban con esas flores que estaban de *más*.

De grado ó por fuerza allí iban á sepultar en vida su juventud, su belleza, deseos y esperanzas, la niñas sobrantes de Santiago.

En la aldea de celdas que encerraban los muros de las Agustinas, se contaban cuatrocientas mujeres entre monjas y sirvientas. De una misma madre había ocho hijas. Verdad que las encerró su propio padre y que la vida que hacían entonces no era como la de hoy. Tenían un ojo y un pie en el mundo gracias á

las visitas que recibían y á las sirvientas con que comadreaban en la ciudad.

***

El amor al lujo, el empeño de la ostentación, dentro del afán eterno de ayer y de hoy, de parecer todos iguales, los pobres y los ricos, es tan antiguo en Chile como las herraduras de oro que Pedro Valdivia clavó á su caballo para encubrir las pobrezas de su persona y de la tierra de que habia hecho su segunda patria.

La pompa teatral del culto rayaba en magnificencias de corte sardanapálica. Su costo excedía, según una sínodo episcopal, de lo que podía sobrellevar la pobreza de este pueblo.

La iglesia, por tanto, carecía de autoridad para contener á las mujeres y á los hombres en la senda de sus vanidosos despilfarros.

Así dice el padre Ovalle:

«Hay muy pocas ciudades en las Indias que la igualen en las galas y lustre de sus habitadores, particularmente á las mujeres (pluguiere á Dios no fuere tanto, que otro gallo les cantara, porque como todo esto va de Europa, vale allá carísimo y así causa esto grandes empeños).

«Quien viere la plaza de Santiago y viere la

de Madrid, no hará diferencia en cuanto á esto de la una á la otra, porque no salen más de corte los ciudadanos, mercaderes y caballeros á ésta que aquella, y si hablamos del aseo y riqueza de las mujeres, en sus adornos y vestidos, aún es mucho más y más universal, porque como las españolas no sirven allá de ordinario, todas quieren ser señoras y parecerlo, según su posible y la competencia de unas con otras sobre aventajarse en galas, joyas, perlas y preseas para su adorno y libreas de sus criadas (que suelen ser muchas las que llevan detrás de sí) éstas, que por ricos que sean los maridos han menester todo lo que tienen, particularmente si es gente noble, para poder satisfacer á la obligación y decencia de su estado, según está ya recibido».

Ni el terremoto, durante el cual se digieron á gritos los pecados, logró enmendar á las mujeres en ese capítulo, subiendo, por el contrario, tanto la dorada espuma de esa traidora marea, que pocos años después la Real Audiencia juzgaba de su deber decir al Rey «que la mayor *profanación* consistía en el uso de los puntos de Flandes, y guarniciones de hilo de oro y plata que se llevaban en los vestidos y en las acuchilladuras que usaban las

mujeres en sus trajes, y que seria conveniente prohibir las puntas y blondas blancas de oro y plata y que se excusare acuchillar el vestido, en que hay grave exceso, y que se prohiba el uso de seda y cambray á la gente ordinaria que sin caudales quería igualarse con las gentes ricas».

De tales igualas salían muchos duelos y quebrantos así de honras como de vidas, cosas todas que ignoraba fray Gaspar de Villarroel por frecuentar poco la sociedad, tan poco que de él es esta sentencia:

¡Un obispo de casa en casa es indecente!

***

Y si todo aquello crecía y crecía como la mala yerba, no era, ciertamente, por falta de ordenanzas y autoridades, pues sólo la del rey estaba representada por un Gobierno que era trino en personas y uno en esencia, á saber:

El capitán general, subordinado al Virrey del Perú y Gobernador y Presidente de la Real Audiencia; ésta que administraba la justicia superior y constituía un Consejo de Estado de aquél, y, por fin, el Obispo, que á más de las obligaciones de su ministerio, tenía también in-

gerencia en algunos negocios de Gobierno. La acción de todos ellos traspasaba los muros del hogar; la de la Real Audiencia, principalmente, se extendía á las mayores intimidades de la vida privada de los ciudadanos.

Además había dos Oficiales Reales, que desempeñaban las funciones de tesorero el uno, y de contador el otro. Para la contabilidad y aduana de las almas y pecados, La Santa Inquisición tenía en Santiago una sucursal que atendían un comisario con sus oficiales y corchetes. Ejerciael cargo de comisario ó alguacil mayor, don Domingo Madureira Monterroso, el cual donó á la orden, por escritura de 1.º de Junio de 1651 dieciocho mil pesos, y según Olivares, llegó hasta enterar la de cuarenta mil, sólo por ser fundador de ella.

Seguía el corregidor (primer alcalde hoy día) los regidores y un nublado de alcaldes de vecinos encomenderos, alcaldes de moradores, alcaldes de corte y alcaldes de barrios.

El sueldo del Gobernador del reino, capitán general del ejército y presidente de la Real Audiencia, era de ocho mil pesos al año.

El del regente de la Real Audiencia (como un presidente de la Corte Suprema) 9,300; y el de los oidores y fiscal 4,810 pesos.

Las fuerzas militares de la capital constaban de una compañía de vecinos encomenderos y capitanes reformados, y unas seis ó siete más de milicias de caballería y de infantería españolas.

Finalmente, la Corona de Castilla auxiliaba al *Presidio* de Chile, con un subsidio de doscientos doce mil ducados al año, que no salía, por cierto, de la tal Corona, sino de las Cajas reales de Potosí, y se enviaba á Lima, desde donde ya comenzaba hacerse sal y agua antes de entrar á Santiago. Este socorro que llegaba tardè, mal y á veces nunca, se llamaba el pago de Chile.

En buena cuenta, este Chile no fué abandonado entonces de un puntapie en razón de ser el granero y despensa del Perú.

Pero, á pesar de todo eso, un viajero exclamaba: — «Oh! Chile! — Oh! provincia la más agradable, sin duda, de toda la América!»

Encontraban que era la más *parecida* á España y esto era también cuanto se podía decir sin ánimo de agraviar, del estado de atraso en que se encontraba este pobre Chile, tan digno de mejor suerte.

En cuanto á las mujeres:

«Las españolas criollas de Chile, decía otro

escritor, son dotadas de particular hermosura, gracia y donaire, calificado de discresión y cortesía, mucho más de lo que parece se puede hallar en pueblos tan abreviados.»

A juicio de Villarroel, las santiaguinas no habían echado un sólo borrón en la tabla de los mandamientos, y en tal creencia les cantaba estas romanzas en la lira de sus ingenuidades: «En toda la cristiandad no se ha visto este sexo ni más honesto ni más detenido. Acá si una mujercilla no tiene la opinión entera, es infamia de una señora hablarla una palabra; no hay coches ni galanteos, no hay alamedas ni lo que en otros lugares llaman *damas.*»

Y en carta al rey le cuenta este caso:

«Vino á este reino, por cierta ocasión, un caballero del Perú, discreto y galán muy cortesano y muy dadivoso. Y, como los caballeros de la tierra son tan halagüeños con los advenedizos, no hubo en toda ella quien no lo entrase en el alma.

Aborreciéronle las mujeres de manera que le tiraban lanzas. Admiréme de este aborrecimiento común y más cuando supe que se escondían de él; y, que oyendo misa se echaban los mantos sobre la cara. Queríale yo muy bien y tenía para ello mucha razón. Hice grande

diligencia para descubrir la raíz de esta conjuración y no daban más causa sino que se reía con ellas y les quitaba la gorra» (1).

En este punto de las alabanzas. el padre Ovalle no podía quedarse atrás, y así escribe lo siguiente de sus compatriotas:

«Son estos por lo general, de buenos ingenios y habilidades. Son naturalmente más inclinados á la guerra que á otros empleos y así hay pocos que se apliquen á la mercancía.»

---

(1) A pesar de tan respetable testimonio, la verdad de las cosas era muy otra, como puede colegirse de los siguientes *casos*, ocurridos algunos bien poco antes y otros durante el mismo gobierno del señor Villarroel.

En una noche del año de 1614, don Pedro Lisperger, flor y nata de los caballeros de Santiago, escalaba los muros de la casa de don Pedro Álvarez de Solórsano oidor de la Real Audiencia y le robaba á su hija doña Florencia, la que no esperaba otra cosa.

Sin salir de la familia Lisperguer, doña María y doña Catalina, madre ésta y tía aquélla de la Quintrala, tuvieron que asilarse, la una en el convento de los Agustinos y la otra en el de los Mercedarios para escapar de la justicia que las perseguía por haber intentado envenenar nada menos que á don Alonso de Rivera, gobernador de Chile, tan bravo general de sus ejércitos como apuesto caballero.

Se habló de celos de una de ellas porque Rivera se casó con una beldad de la frontera; pero el hecho, á lo que parece, fué que las dos damas le compraron á un indio unas

Después de esa pincelada maestra que tan bien retrata nuestra heredada indolencia, el padre Ovalle, cuyo criterio observador y seguro sólo se extraviaba al hablar de los santos y sus milagros, añade otra verdad tan grande que hoy mismo es verdad, como entonces.

«Y en sonando la caja ó la trompeta, se inquietan de manera que no paran hasta asentar plaza de soldados...

«Son notablemente inclinados á andar á ca-

---

yerbas venenosas «que echaron en la tinaja de que bebía el gobernador», y que, en seguida, mataron al indio para que no hablara.

El mismo Rivera castigó con la pena de azotes á un clérigo ¡en aquéllos tiempos! que sorprendido por el marido, lo echó á golpes de la alcoba de la esposa culpable.

Poco después, doña María Encio, vieja querida de Pedro de Valdivia y endosada por éste á otro, asesinaba á su esposo, el opulento don Gonzalo de los Ríos, abuelo de la Quintrala; ésta envenaba á su padre enfermo; una de sus tías últimaba á azotes á cierta hija de su esposo y una mañana, á la puerta de la casa de aquélla, se encontró el cadáver del hermoso don Enrique de Guzman, á quien llamara á su lecho con mensaje de pérfido amor. etc. etc.

Y durante trece años de su obispado, el señor Villarroel para ir á San Agustín ó San Juan de Dios, tuvo que pasar por la puerta de la casa de la Quintrala, calle de la Amargura esquina de la del Rey, ó sea hoy, prosáicamente, la casa que ocupa el almacén Símpson y C.ª

ballo y así salen famosos jinetes... y es común opinión y experiencia conocida que en la guerra vale más para la caballería uno de la tierra que cuatro que vengan de fuera.

«Son naturalmente liberales, compasivos y amigos de hacer bien á todos, y los que los saben obligar honrándolos ó tratándolos con la cortesía y respeto debidos, son dueños de sus voluntades, y los muchachos llevados por bien son muy dóciles y fáciles de persuadir; pero si quieren llevarlos por mal, muerden la manta y lo hacen peor.»

EL P. OVALLE

EL P. OVALLE

Ya debiera, sin duda, estar temblando como comienzo del terremoto. Empero una deuda de gratitud y patriotismo nos obliga á todos á detenernos, siquiera por el tiempo de un respetuoso saludo, como en presencia de un monumento, delante de esta gloria de las letras nacionales, cuya obra se ha citado ya tantas veces, copiando sus propias palabras con el propósito deliberado de que algo siquiera se lea de él.

No se crea por lo de fraile que el padre Ovalle era algún inmigrante de aquellos que se pedían por factura á España para poblar los conventos, ni un cualquiera del país.

Era nada menos que el primogénito de una de las más ilustres familias de la aristocracia

santiaguina en aquella remota edad, como que su abuelo se llamaba don Suero Alonso Rodríguez del Manzano, descendientes de Men Rodríguez de Zanabria, y su abuela tenía el mismo nombre que hoy rejuvenece una de las descendientes de aquel tronco legendario: Llamábase doña Inés de Ovalle.

Fué su padre don Francisco Rodríguez del Manzano y Ovalle y su madre doña María Pastene de Astudillo y Santadillo, nieta del «general de la mar del sur».

Don Alonso nació en Santiago en 1601 y en unión de su hermano segundo, don Jerónimo, estudiaba en el colegio de los Jesuítas.

Una tarde, á vuelta de un paseo, apeóse á la puerta del claustro de sus maestros, y dando un adiós al mundo y al hermano que lo acompañaba, se internó en aquel claustro que entre otras industrias ejercía la de plagiar mayorazgos y grandes herederos para echar cimientos en el seno de las familias más poderosas.

El cronista Olivares, de la misma orden, refiere de este modo la milagrosa entrada del joven Ovalle á la Compañía: «Habiendo salido un día á pasear las calles de la ciudad, hecho un Adonis en lo bien dispuesto y adornado de

galas, que se llevaba las bendiciones de todos, en un caballo de lujo tan hermoso que llenaba las calles más capaces, al pasar por la Compañía se apeó, y dijo á los criados que le seguían que se fuesen á su casa y le llevasen el caballo, y calzado como venía entró á nuestro colegio.»

Puede presumirse el dolor de aquel hogar robado de su más legítima esperanza!

Sus padres reclamaron en nombre de la naturaleza y de las leyes; pero todo fué en vano.

De allí á poco, entre gallos y media noche, los jesuítas hicieron salir para Córdova del Tucumán al joven heredero, burlando cruelmente todas las providencias que arbitró la familia para recuperarlo al paso de la Cordillera.

A los diez años de ausencia le permitieron volver á Santiago, donde se ordenó de sacerdote.

El padre Ovalle fué maestro, orador y evangelista. Confiósele, además, el rectorado del seminario, que ocupaba casi una cuadra entera en la calle de la Catedral, entre las de Amunátegui y San Martín,—y en seguida la alta misión de ir á Roma como procurador de la Orden.

De regreso de Europa, murió en Lima el día

11 de Mayo de 1651, sin haber vuelto á ver la tierra que tanto amó y á cuyo nombre hiciera tan cumplido honor en la extranjera.

El padre Ovalle no había defraudado los cálculos y esperanzas de los que sugestionaron su juventud. Dió á su Orden el lustre de sus virtudes y talentos, de su fortuna y situación social. Lególes, además, toda la herencia que le correspondía de sus opulentos padres, salvo pequeños legados.

Su *Histórica Relación del Reino de Chile*, dada á luz en 1646, fué traducida al italiano. En la edición inglesa de esta obra, suprimieron gran parte del texto, considerando que los milagros y algunas nociones superticiosas que contenía, perjudicaban la seriedad de la parte histórica.

En la primera edición del Diccionario de la Academia Española, llamado generalmente de autoridades, se cita repetidas veces la *Relación* del padre Ovalle, considerándolo así entre los escritores distinguidos de la lengua.

Cualquiera que sea la apreciación que los críticos hagan de la parte sacerdotal de su vida, que fué irreprochable como dignidad personal, nadie podrá poner en duda que, como

escritor, es uno de los hombres ilustres de la nación.

Otros averiguarán si sus cenizas descansan en Chile, ó en tierra extranjera.

EL TERREMOTO

EL TERREMOTO

La «*Relación del terremoto que asoló á la ciudad de Santiago de Chile, en los reinos del Perú, dispuesta por el doctor don Fray Gaspar de Villarroel, Obispo de la misma ciudad, en carta al Exmo. señor don García de Haro y Avellaneda*», etc., etc., constituye uno de los documentos históricos y literarios más importantes de todo un siglo de nuestra historia.

Se encuentra en el tomo II de su obra titulada *Gobierno Eclesiástico Pacífico y Unión de los dos Cuchillos, Pontificio y Regio.* Aquel título por largo que parezca, queda corto, sin embargo, para el volumen del libro.

Pero la relación del Obispo es clásica, y no hay otro retablo que muestre tan á lo vivo el suceso.

Muchos otros autores han contribuído á darnos una idea cabal del terremoto, llenando algunos vacíos que dejó su pluma.

Pero como sucede con todos los acontecimientos humanos, suelen no ser los testigos que las presencian los que mejor los conocen.

Hoy sabemos del terremoto mucho más de lo que vió y oyó el señor Villarroel, que fué una de sus víctimas, y el más ilustre y abnegado de sus héroes.

Robadas á su *Relación* serán todas las frases que se lean entre comillas.

*
* *

Era el 13 de Mayo de 1647, víspera de San Bonifacio. Era lunes y no había, en el Calendario, santo para ese día, que trascurrió límpido y sereno, sucediendo á la luz del sol una plácida luna, luna de otoño en su primer cuarto creciente.

Cerradas las puertas á la hora de la *queda*, rezado el rosario en familia con la servidumbre, concluída poco después la cena, rara sería la vivienda donde quedara un candil ó una alma en vela. La ciudad dormía el sueño de su ociosidad y de sus aburrimientos.

El obispo Villarroel estaba en pie todavía.

"Acababa de rezar mis Ave Marías, dice, y al sentarme a cenar, comenzó el temblor. Salieron corriendo todos, fuí yo el último y el penúltimo mi compañero el Padre Luis de Lagos, quien asió de mí al pasar de un callejón, no solo con porfía, sino como con desacato, y fué su desacato tan dichoso que por él he quedado vivo."

«A las diez y media y medio cuarto más comenzó el temblor de tierra, tan sin prevención ni amenaza que se arruinaron en un momento los edificios todos, sin que hubiera más que un instante que pudiese hacer continuación entre el temblar y el caer; y con tal violencia que, caídas las casas y los templos, se vieron casas en que los cimientos como si les hubieran fabricado minas, arrojaron las mismas piedras."

Conviene advertir que la solidez de esas murallas había llamado especialmente la atención del padre Ovalle pocos años antes:

"Y hacen las casas, decía, tan fuertes y de tanta dura, que he visto abrir boquerones muy grandes para ensamblar en ellas otras portadas hechas á lo moderno y no hace sentimiento la pared, aunque muy alta y casi tan antigua como la misma ciudad, porque el barro de que

se hacen (los adobes) se endurece de manera con la paja que se mezcla, que suele caer un adobe de muy alto y no quebrarse, con ser muy grandes y de tanto peso que no carga un hombre más de uno."

Pues bien, todo eso fué lo que se desplomó como en un ¡ay! sobre la población entregada al sueño. Santiago no existía. El paisaje de sus casas, templos, plazas y calles, borradas las líneas, todo confundido, habíase trocado en inmensa montaña de escombros, bajo cuya capa luchaban por salir los que quedaban vivos.

Caídas las casas, los templos y edificios públicos sin que quedara uno solo en forma, excepto San Francisco, sobrevino un contra-golpe. El suelo, cual si se hubiera sentido sofocado, se sacudió de nuevo, y los cimientos cavados en él, aventaron sus mismas piedras y cuanto tenían encima.

El estruendo fué tan grande que pareció que «los montes se daban batallas los unos á los otros.»

El padre Pedro Moyano, cura de Aconcagua, lo oyó en las cordilleras y declaró bajo juramento que, juzgando por la magnitud del ruido, pensó que era Santiago que caía.

Y, como si no bastara la caída de los edifi-

cios, de las cumbres y laderas del Huelén, se derrumbaban con la fuerza de las avalanchas, peñascos enormes que, rodando por las calles y huertos vecinos, hacían otros temblores y otras muertes.

***

Empero, ruína tan inesperada y cabal, no era sino el comienzo de las desventuras, la introducción á otras más lentas y prolijas, que la infeliz Santiago debía sorber gota á gota, en inacabable agonía.

Grado por grado, pronto el horror llegaría al colmo y el espanto hasta la locura y la muerte.

Desde luego, la luna que brillaba con su palidez de invierno cuando los santiaguinos cerraron sus ojos para dormir, la encontraron nublada al despertar, los que despertaron...

Primero el polvo de las casas destruídas, y después una densa niebla como las que se forman en otoño, oscurecieron el cielo «estando bien alta la luna, con unas palpables tinieblas, poniendo tan grande horror en los hombres, que aun los más cuerdos juzgaron que venían los preámbulos del juicio.»

Los caídos creyeron que la muerte les cerraba, al fin, los ojos piadosamente, y callaron por un instante. Hasta los corazones más esforzados, aquellos que devorando sus angustias, procuraban socorrer á los otros, desmayaban estenuados de dolor y de espanto.

Y seguía temblando, y continuaban cayendo las paredes aisladas que aún quedaban en pie.

A tientas se buscaban los deudos unos á otros, sin más guía que el estertor de una agonía ó el eco de una voz cansada de implorar socorro.

La plaza principal fué, naturalmente, el refugio que por instinto buscaron los que habían librado de lo que para ellos no era más que el primer acto de la catástrofe, uno de los ramales de la disciplina con que la Providencia comenzaba la serie de sus castigos.

***

El anciano pastor habíase salvado y se empeñaba en calmar á su espantado rebaño.

En torno de él se agruparon al instante los pocos hombres de acción con que se podía contar en tales momentos. Distinguíase entre ellos el oidor don Antonio Hernández de Heredia,

que comprometió allí, después del Obispo, la gratitud de todos por su abnegación y entereza.

Luego se buscaron linternas y hachones, y se organizaron partidas de salvadores, que recorrían la ciudad, libertando á muchos; pero descubriendo á cada momento nuevas desventuras.

El agua de las acequias, desviadas de su cauce por los montones de tierra, empezaban á anegar las ruínas. El suelo aparecía rasgado en enormes grietas que dejaban escapar vapores nauseabundos.

Al reflejo de las linternas y hachones se vió que el señor Obispo, cubierto de tierra, revolcado, no tenía abrigo alguno, y un paje de su servidumbre, echóle sobre los hombros su pobre capa.

Vióse también que la cara estaba cubierta de sangre que corría de heridas abiertas en la cabeza, y no habiendo á mano cosa con qué curarlo, don Juan Rodulfo Lisperguer dió su pañuelo para que le hicieran un vendaje.

*
* *

Fray Gaspar de Villarroel, acababa de ser extraído de las ruínas de su palacio y de la

torre de la Catedral, que también cayó sobre ese edificio.

He aquí lo que había ocurrido:

El Obispo terminaba sus rezos; fray Luis de Lagos lo esperaba. Habiéndosele avisado que la cena estaba pronta, el bondadoso viejo comenzó á despertar á los pajes, «muchachos que por los rincones se quedaban dormidos».

Ya se ha visto como el padre franciscano Lagos, al pasar de un callejón, se asió del señor Villarroel. En ese momento, «cayó sobre mí y sobre mi compañero gran parte del edificio; á los primeros adobes caímos los dos en el suelo. Yo, la cabeza en tanto hueco que hizo un pedazo del humbral, cuanto bastó no para moverse, sino para no quebrarse. Los adobes de la pared de enfrente se desprendían como si salieran de una bombarda; con ellos y los del callejón, quedamos yo y mi compañero enterrados, sin oírseme otra palabra:

—«¿Javier, donde está nuestra amistad?»

Este Javier no era, desgraciadamente, persona de la servidumbre del señor Obispo, que pudiera prestarle inmediato auxilio: era el lejano San Francisco Javier, su santo predilecto en la Corte Celestial, y á quién tuteaba en sus casos de apuros.

Pero como suele suceder con los amigos en tales lances, San Francisco no oyó el reclamo de esa voz que se iba ahogando por instantes.

Afortunadamente, un paje vió donde cayeron el Obispo y el padre Lagos, y arrancando la linterna del zaguán, volvió con otros en su auxilio.

Con grandes penas, aquellos niños, guiándose por las indicaciones de su amo, lograron desenterrarle la cabeza. Alentados por el éxito, redoblaron sus esfuerzos; pero el Obispo, en cuanto pudo sacar la cabeza al aire, no consintió que siguieran con él, ordenando que salvaran al padre Lagos, á quién sentía expirar bajo sus pies, ya casi asfixiado.

El pobre y heróico ánciano salió con tres heridas en la cabeza, el cuerpo cubierto de cardenales y el traje desgarrado. Pero sin detenerse á pensar en sus dolencias, se dirigió á la plaza.

Su voz era la que se oía en todas partes como una palabra de esperanza caída del cielo.

Y al verlo trepar los escombros, cruzar las ruínas, rejuvenecido en el sacrificio, debió parecerle á la gente que era el Jesús que andaba sobre las olas tal como se veía en un famoso cuadro de la Catedral.

Y llorando, pero ya esperanzados á su vista, los niños se abrazaban á sus piernas, los hombres lo aclamaban y las mujeres, desnudas, se arrojaban á sus pies, confesándose é implorando á gritos el perdón de sus pecados.

*
* *

A la una de la mañana se entró la luna, lo cual redobló la oscuridad. Pero á la luz de los hachones improvisados, se continuó la obra de salvar á los que yacían bajo tierra, que eran centenares, y á los que estaban como sitiados, dentro de los huertos de sus propias casas.

Mas no había medio de tranquilizar á esa gente desde que los temblores se sucedían unos á otros.

Llegó un instante en que todos, vencidos por el miedo, se prepararon para morir, pidiendo á voces la absolución de sus culpas.

El señor Villarroel, redoblando sus esfuerzos, reunió á todos los sacerdotes disponibles, que pasaban de cuarenta, distribuyó la mayor parte en la plaza, y el resto envióio á recorrer la ciudad, tanto para confesar como para que prestaran á los heridos y moribundos los auxi-

lios materiales que pudieran, á falta de médicos y medicinas.

Dió, además, á los sacerdotes simple facultad de absolver.

Las escenas que siguieron casi no tienen descripción posible. Los sacerdotes eran detenidos por mujeres enloquecidas, que reclamaban la preferencia en razón de la magnitud de sus culpas. Una puja de pecados entre las sombras que cubrían á medias las caras descompuestas y los cuerpos desnudos.

Los que estaban reñidos se llamaban á voces para reconciliarse antes de la hora de la muerte.

Los que vivían mal, imploraban arrodillados la consagración de sus amores. Los ladrones devolvían lo robado ó reconocían sus deudas.

Habiendo llegado á la plaza la noticia de que en el templo de la Merced se habían salvado las hostias, el Obispo se dirigió allí inmediatamente, trayendo en procesión la caja que las contenía, y por sus manos, levantó un altar «sin más reparo que un pabellón de seda mío, que quedó en mi cama colgado, y pienso que fué él sólo el que en toda esta tierra perdonó por entonces la ruína».

Luego se vieron brillar en la oscuridad lar

gas filas de luces que se acercaban pausadamente, á la par que se oían lúgubres voces que rezaban en coro.

Eran dos procesiones que recorrían algunas calles, dirigiéndose á la plaza.

Los padres de San Francisco conducían en andas á la pequeña imagen llamada *Nuestra Señora del Socorro*, la misma que trajo Pedro de Valdivia y, en consecuencia, el primer santo que hubo en Santiago.

«Vinieron azotándose, continúa el señor Villarroel, dos religiosos, y de ellos un lego, haciendo actos de contrición con tanto espíritu, y tan bien formado, que yo, como aprendiz en las escuelas de la devoción, iba repitiendo lo que decía él. Movió mucho al pueblo este espectáculo; y aunque creció el arrepentimiento, no pudo decrecer el susto, porque temblaba la tierra á cada rato; y aunque no temíamos que cayera, temíamos que nos tragara, porque se abrieron en la plaza muchas grietas, y en los caminos, tan hondas, que, como movidos los abismos, rebosaron las sentinas, despidiendo aguas de mal olor, y grande suma de arena, á diez y doce leguas del mar».

La otra procesión salió de entre las ruinas de San Agustín, y se dirigía á la plaza para

proclamar el más grande y patente de los milagros que ocurrieran durante y después de la catástrofe.

«Tienen los padres de San Agustín, un devotísimo crucifijo, fabricado por milagro, porque sin ser ensamblador, lo hizo ahora cuarenta años un santísimo religioso. Estaba en el tabique que cerraba un arco, tan fácil de caer, que no tenía que obrar en él el temblor; y caída la nave toda, quedó fijo en su cruz, sin que se lastimara el dosel. Halláronle con la corona de espinas en la garganta, como dando á entender que le lastimaba una tan severa sentencia.

Conmovido el pueblo con su antigua devoción, y este reciente milagro, le trajimos en procesión á la plaza, viniendo descalzos el Obispo y los religiosos, con grandes clamores, con muchas lágrimas, y universales gemidos».

***

No acababan los arrepentidos pecadores de voccar sus pecados, cuando una nueva angustia, si cabía, vino á conturbar todos los ánimos. De pronto circuló el rumor de que los negros y los indios, «enemigos domésticos de la ciudad», maquinaban en las tinieblas un degüello genc-

ral que no dejara ni recuerdos del nombre español en Chile.

Contra este peligro bastante fundado y temido desde tiempo atrás, el anciano Obispo nada podía, aun cuando el dolor ajeno prestábale fuerzas para todo; pero el oidor, don Antonio Hernández de Heredia, que lo secundaba en sus esfuerzos, reunió algunos soldados, «y desenterrando las armas, puso cuerpo de guardia á las cajas reales, y mandó tapar las bocas de las acequias para que no se anegase la ciudad, cegadas como estaban por los promontorios de tierra.»

¿Qué dolor le quedaba por conocer á esos desdichados que aun no comenzaban á contar sus muertos?

Sin embargo, hay quien dice, que como á las cuatro de la mañana, se descargó un recio aguacero, acompañado de un viento glacial.

Si llovió en verdad, llovió entonces sobre un mar de lágrimas.

Lo que quedaba de noche, pasólo el Obispo envuelto en la capa de uno de sus criados, en unión del bravo Heredia. Ambos velaban sobre la tropa armada, atentos á los siniestros rumores que temían.

Algunos vecinos, constituidos en patrullas de

caridad, rondaban las calles. Y solo los muertos cerraron sus ojos durante aquella noche, que parecía no concluir jamás.

*
* *

El temblor recio había durado «con un admirable ruido, como medio cuarto de hora», dice el señor Villarroel.

El Regente Zantillana afirmaba que pudo rezar cuatro credos; pero el Tesorero Zerpa no alcanzó más que á tres. Otros hablan de siete minutos.

La relación oficial de la catástrofe, escrita en los libros del Cabildo por su escribano don Manuel de Toro Mazote, dice lo siguiente:

«En 13 de Mayo de 647, día lunes á las diez y media de la noche.... para demostrar Dios Nuestro Señor su infinita misericordia tembló la tierra unos dicen que media hora y otros que un cuarto ...»

DESPUÉS DEL TEMBLOR

DESPUÉS DEL TEMBLOR

«Al fin amaneció á todos el día martes, y como si saliesen de la otra vida, se miraban unos á otros, sin tener qué comer, enterradas las comidas, los molinos por el suelo, y sin poderse servir de las acequias, ciegas con tanta ruinas.

«Amanecióles llorando y dando gritos».

Para los heridos no había más que remedios caseros y pocos; pero como el botiquín de la fé estaba mucho más surtido que el de las dolencias del cuerpo, desde el alba comenzaron los sacerdotes á decir misas, sucediéndose sin interrupción durante algunas horas, en el altar improvisado de la plaza.

A todo esto, el Obispo, dejando la capa y el sombrero, entró á la Catedral de la que una mitad estaba caida y la otra amenazaba caerse.

Con sus manos comenzó á cargar palos y piedras, ejemplo que luego fué seguido por muchos, pero por el momento nada pudieron poner en salvo.

Entre tanto, hombres, mujeres, viejos y niños, nobles y plebeyos, todos emprendieron con afán la piadosa pero horrible tarea de buscar á los muertos y socorrer á los heridos.

Villarroel hizo repartir limosnas y pan á todo el pueblo. "Y no pudiendo ir á pie por sus achaques y por lo que había trabajado, subió en pelo en un caballo blanco de un negro y discurrió de esa suerte por las casas de muchos pobres para socorrerlos."

Dando cuenta al rey de España de estos sucesos, la Real Audiencia hacía esta pintura de las tareas de ese día:

«Y siendo el llanto común y remontándose, acaso sin saberlo, al pináculo de la elocuencia del dolor, ninguno dejó de llorar, concurriendo á diversas horas del día y de la noche cuando daban lugar las faenas de enterrar los muertos, consolar los agonizantes, curar los estropeados, detener los que furiosamente se arrojaban sobre los cadáveres inertes, queriéndolos resucitar con bramidos, como los leones con sus cachorros; los huérfanos que simplemente pregunta-

ban por su padres, llorosos, y los que peleando con los promontorios altos de tierra que cubrían sus hermanos, sus hijos, sus amigos, se les antojaba los oían suspirar, presumían llegar á tiempo de que no se les hubiese apartado el alma y los hallaban hecho monstruos, destrozados, sin orden sus miembros, palpitando las entrañas, y cabezas divididas.

«Entraban á carretadas, mal amortajados y terriblemente monstruosos, los difuntos á buscar sepultura eclesiástica en los cementerios de los templos; y verlos arrojar á las sepulturas sin ceremonias, con un responso rezado, hacía otra circunstancia gravísima de pena».

Una mujer heróica, doña Ana de Quiroga, logró salvar á ocho de sus nueve hijos, sacándolos felizmente uno á uno de entre las paredes que se tambaleaban; pero murió junto á la cuna del último, aplastados los dos bajo el mismo techo.

*
* *

Durante el día, la gente desolada pudo empa-

parse en el espéctaculo de las ruinas de la ciudad.

Sobre aquel mar de escombros no se veían más que algunos arcos y algunas murallas. Sólo en la Cañada arriba habían quedado en pie San Francisco, menos su elegante torre que se desrrumbó á plomo, y las viejísimas construcciones de la capilla de San Saturnino y del hospital de San Juan de Dios.

Las pérdidas sufridas por siete iglesias solamente, se tasaron en setecientos diez mil ducados, correspondiendo de esta suma la de doscientos mil á Santo Domingo y otro tanto á las Agustinas.

Las de la ciudad se estimaron en dos millones de pesos.

Sacando estas cuentas, rezando y refiriendo los milagros ocurridos en el terremoto, íbase enterando el día.

Muchos temblores se contaron en pocas horas; pero habíase logrado producir algún sosiego, cuando al pardear la tarde, gente que corría desatentada hacia la plaza, esparció la noticia de que cierto religioso, al cual se le reconocían listas de santidad, había predicho que la tierra se abriría para tragarse los sobrevivientes. . . .

Hacía más creíble esta profesía la circunstan-

cia de que junto con las sombras de la noche, los temblores iban repitiéndose con más frecuencia y mayor estruendo.

El delirio del terror se apoderó entonces de aquellos espíritus quebrantados por tantos sufrimientos, y cuantos podían valerse por sus pies, algunos arrastrándose, otros llevados en hombros de sus deudos, se agruparon de nuevo en la plaza, desesperadamente, aplastándose unos á otros.

Al rumor de esta nueva calamidad, el Obispo dejó la ruca de rama que sus pajes le habían arreglado en el Cementerio de la Catedral. «Salí, dice, con ánimo de rogarles para que se recojiesen, si bien los miserables no tenían dónde. Subiéronme en hombros sobre un bufete en que estaba el santo crucifijo de San Agustín, porque yo no podía moverme por mí mismo por los golpes en mi entierro. Alentóme Dios, y comencé á predicar. Y esforzó Dios la debilidad de mi voz y mi salud tan prodigiosamente, que me oyeron en todas partes».

Cerca de dos horas duró el sermón y en seguida, á plena intemperie, estuvo confesando hasta las dos de la mañana, y no consintió en retirarse de la plaza hasta que la luz del siguiente día trajo algún consuelo á los corazo-

nes. Á esa hora se volvió á su morada del Cementerio, entre las fosas mal cerradas de catorce cadáveres que en el día anterior habían sepultado allí apresuradamente.

Semejante tarea, que habría concluído con las fuerzas de un joven, había, sin embargo, curado los achaques del jeneroso anciano. «Y estoy, escribía poco después, con tan buena salud, como en lo más robusto de mi edad, levantándome al amanecer, con un pardo y viejo capotón, con un sombrero muy malo, los pies por el lodo, acudiendo á mis monjas, iglesia y Seminario, llevando las limosnas que puedo por mi misma persona á los arrabales de la ciudad, donde es la necesidad mayor».

Además de esas limosnas que venía dándolas desde hacía ya diez años, Villarroel, con motivo de la catástrofe «añadió cuatro meses enteros, cada semana, setecientos cincuenta pesos».

En la mañana del 15 tornó el Obispo á su intento de entrar á la Catedral, «abierta por cien partes y temblando á cada rato. El Alcalde y otros caballeros apartaban los adobes y escombros con sus manos, mientras el Obispo con su servidumbre salvaba los retablos, ornamentos y plata labrada, de modo que «de los

bienes de la iglesia no se perdió una sola hilacha».

***

Los ánimos se aquietaban á ratos para caer en seguida en nuevas congojas que eran el pan cuotidiano. Á cualquier ruido la gente que dormía en montones en las plazas y en los huertos de las casas, se arrojaba de rodillas al duro suelo, gritando:

—Misericordia, Señor!....

Y entre temblar y pedir perdón, aquellos infelices recalentaban sus padecimientos, repitiendo y exagerando los mil horrores que habían visto ó inventaban. Pero el más abundante era el capítulo de los milagros: podía decirse, oyéndolos, que cada sobreviviente había sido salvado por la propia mano del santo de su devoción.

Todos eran milagros patentes, designios claros de la voluntad divina.

Véanse algunas muestras:

Las monjas agustinas dormían profundamente cuando las despertó el temblor. Eran cuatrocientas mujeres entre monjas y sirvientas. Al estruendo todas se precipitaron á las puer

tas; pero estas se cerraron por el tiempo preciso que tardaron en caer los corredores á que daban las celdas y esto las salvó de quedar sepultadas bajo los escombros.

Pero más prodigioso era el caso de San Pedro Nolasco en la iglesia de la Merced. Los sacramentos no podían sacarse de ninguna iglesia porque los tabernáculos estaban aplastados. En esto se descubrió que el altar de aquel había quedado intacto en medio de la ruina general y no sólo intacto sino que el santo, cual si hubiera tenido vida, se había movido en su nicho y vuelto hacia la imagen de Nuestra Señora como implorando el perdón de sus hijos.

Pero el héroe de las circunstancias, si es permitido expresarse así, era el Santo Cristo de la Agonía, llamado desde esa fecha el Señor de Mayo, el Señor del Terremoto.

El padre Juan de Toro Mazote, refiere por su parte: En nuestra iglesia todo se asoló, menos un crucifijo de estatura de dos varas, que milagrosamente para amparo y defensa de tantos miserables, quedó pendiente de un clavo.. Hallámosle la cabeza levantada al cielo y la corona de espinas al cuello; cosa que no pudo suceder si no es milagrosamente por venir á la cabeza apretada y después no ser posible sa-

carla, si no es haciéndola pedazos, á cuya causa para memoria la tiene en la garganta».

Si esto lo vieron con sus ojos y así lo referían á la devota y consternada muchedumbre dos de los hombres más ilustrados de su época, qué de portentos no vería la imaginación popular, exaltada hasta el delirio en la atmósfera de terror y penitencias en que vivía?

En el habladero de las comadres los prodigios saltaban como chispas de una fragua.

Una contaba que pocos días antes de la catástrofe una india había dado á luz tres niños, y que uno había anunciado el terremoto.

Otra sabía de un mayordomo á quien le habló con rigor un crucifijo.

Que el Santo Cristo de San Agustín había vuelto tres veces el rostro.

Que una india había visto un globo que entrando por la Audiencia había salido por las casas del Cabildo, y «que comenzó á temblar habiéndose desvanecido».

«Que en la cordillera se oyeron voces de los demonios, cajas y trompetas, sonidos de arcabuces disparados, y como chocar dos ejércitos.

«Que Villarroel había tenido revelación de que Dios estaba desenojado y que ya alzaba la mano del castigo».

Milagro patente de San Francisco Javier, era, á juicio del Obispo, la escapada del padre Sarmiento de los jesuítas. Dormía en un catre de cuero (cuja) sostenido por cuatro patas cuando comenzó á temblar. El padre se metió debajo. Las vigas y adobes cubrieron la cama, le quebraron tres patas; pero Sarmiento, al cabo de rato, fué sacado sin un rasguño de aquella tumba.

¿Y don Lorenzo el Emplazado?

Ahí si que estaba visible la mano de Dios!

Era Don Lorenzo de Moraga un conocido caballero, viejo militar, que poco tiempo antes había hecho azotar á un mulato de su servicio, llamado Mateo. Reclamó éste á la justicia y Don Lorenzo fué obligado á pagarle una gruesa suma.

No obstante esta reparación, el mulato que, según dice Villarroel, debía de tener de noble algún retazo, murió de pena y de vergüenza tres días antes del terremoto; pero al morir, con su último aliento, emplazó á Moraga para el tribunal de Dios.

Llegó en tanto la mañana del 13 de Mayo. Salía de la catedral Moraga á tiempo que pasaban los capitanes don Luis de las Cuevas y

don Valentín de Córdova, acompañando al padre Lagos, el amigo íntimo del Obispo.

—Vengo de confesarme y comulgar, díjoles el de Moraga: Mateo me tiene emplazado y nadie sabe lo que puede suceder.

—¡Presentimiento! dijeron sentenciosamente los capitanes.

—Bueno es vivir prevenido, agregó el padre.

Horas después, Moraga era la primera víctima conocida del terremoto. Al salvarse por una ventana, una viga le cortó la cabeza cercen á cercen contra el madero del marco, como lo habría hecho la espada de la justicia divina.

Pero lo que en verdad puede tenerse hoy mismo como cosa de milagro verdadero, es el hecho de que los presos de la cárcel no quisieron volver á la libertad de robar entre las ruínas.

«Fué tan grande, dicen los oidores, la tribulación ó pasmo que impuso en todos el accidente repentino, que quedando la cárcel sin guarda, rotas las paredes, los presos se contuvieron entre sus límites, sin faltar uno por más de veinte horas, sin cuidar su libertad, hasta que por no tener donde guardarlos y temer que entre las mismas ruínas, cayéndose, muriesen, hicimos visita general en la plaza y debajo de las fianzas que hallamos les dimos carcelería y á los

destinados á pena capital pusimos presos, aprisionados en el cuerpo de guardia en cepos y cadenas».

Sin embargo, preciso fué levantar la horca sobre aquellos montes de escombros para ajusticiar á un negro que se había hecho reo de uno de esos crímenes que inspira á los africanos el encanto invencible, la obseción de las mujeres blancas.

*
* *

Puestos en salvo los que quedaron vivos, preciso fué entregarse á la horrorosa tarea de descubrir y sepultar los cadáveres cuya descomposición amenazaba la salud de todos.

Este peligro inminente borró fueros y niveló categorías: hombres y mujeres, autoridades y pueblo, caballeros y esclavos, todos trabajaban con sus manos en la asquerosa faena y en las demás que á momento se presentaban.

Por las que habían sido calles no se podía andar. Se arbitró entonces la medida de limpiar las acequias para soltar sobre ellas golpes de agua que barrieran los restos de los animales muertos y las mil inmundicias de que estaban repletas.

Con la limpia de las acequias los molinos pudieron andar y la ciudad tuvo el consuelo de

consumir pan fresco, símbolo humilde pero alegre del ordenado hogar.

Naturalmente, los templos merecieron una exajerada preferencia. El pueblo se empeñaba en desenterrar los santos de su devoción, mas las imágenes, como los hombres, habían sufrido también graves quebrantos.

«Hízose no pequeño reparo en que Santiago, patrón de la ciudad, perdió la mano derecha, y San José salió sin ella; San Antonio por voto protector de la peste, hendido y destrozado el pecho y el cuerpo».—San Francisco Javier era un San Lázaro.

Entre tanto, el tiempo cada vez más frío, obligaba á los devotos á pensar en sus propias necesidades.

«Todos vivían en esos días en las huertas y solares, libres de paredes, á la protección de pabellones, alfombras, esteras, ó como se han podido reparar y el que mejor en bohíos de paja que acá llaman ranchos».

Todos, así una Lisperguer como la última fregona; todos iguales ante las enseñanzas de una catástrofe que había nivelado las más altas torres con el campo raso (1).

---

(1) Excepto las monjas, en su mayor parte, las cuales de

*
* *

Pero la pesadumbre de tantas faenas á la postre de mayores padecimientos, quebrantaron el vigor de los más esforzados.

Y á qué pensar más en acomodarse si seguía temblando y una nueva ruína podía consumar lo que restaba de la primera?

Brotó entonces de todos los corazones un grito de rabiosa desesperación.

Reunióse la ciudad en cabildo abierto en plena plaza.

El suelo de Santiago estaba maldecido de Dios.

Debían alejarse de él como de un excomulgado.

«Movidos del horror de ver que sus mismas casas habían conspirado contra la vida de sus dueños, y eran ya sepulcros de ellos, y desmayada de poder remover tanto desmonte como ocupaban los sitios que fueran antes edificios de su vivienda», la mayoría de los habitantes

---

allí á poco acamparon bajo las lujosas carpas de campaña que el Gobernador Mujica, que acababa de llegar, les envió desde Concepción con devota galantería.

pedía á gritos «mudarse y salir como huyendo de su propia hacienda á buscar otro lugar donde poblarse».

«Se confirió largamente el sí y el no».

El pueblo dijo que sí.

Pero los oidores de la Real Audiencia, el Obispo, los Ministros reales, los prelados de religiones, el cabildo eclesiástico y secular, sostuvieron el nó.

Y al peso de tan autorizadas opiniones «se resolvió no convenir por entonces sino repararse contra el invierno cada uno como mejor pudiese y cuidar de reservar del hurto las alhajas y vestidos y los materiales desunidos y buscar alivios de conservarse y no perderse, y amparar las monjas, las religiones, los pobres, los huérfanos, los desvalidos y *componer la república de modo que no se acabase totalmente.*

Como se ve, esto de que la República se deshaga, ruina anunciada tantas veces por los profetas del país, es ya tan vieja como el mismo terremoto del Señor de Mayo. Pero debe verse asimismo que desde fecha tan remota las cábalas de la política burlaban la voluntad del pueblo y se sobreponían á sus más claros intereses.

Mil consideraciones apoyaban los deseos de éste.

Como á guisa de candidatos de estos tiempos, circulaban de boca en boca los nombres de dos pueblos para ocupar el rango de capital del Reino: Quillota y San Francisco del Monte.

Pero el pueblo, al pedir la traslación, se había olvidado de que la mayor parte de las rentas de los conventos é instituciones religiosas provenía de los censos impuestos sobre los solares de la ciudad.

El suelo de Santiago no era de sus habitantes.

El abandono de la ciudad importaba, en consecuencia, la cancelación de todas esas cuantiosas capellanías.

Triunfó, pues, el partido que encabezaban los Oidores de la Real Audiencia en protección de los bienes mundanos de los Conventos de Santiago.

Y para que no volvieran veleidades de mudanza, en la misma hora y fecha del acuerdo que condenó á Santiago á vivir eternamente á las márgenes del Mapocho, el Cabildo inició la reconstrucción de la ciudad sobre sus recientes ruínas, empapadas aún con las lágrimas y la sangre de sus desventurados pobladores.

*
* *

Hasta ahí los santiaguinos no habían pensado más que en sí mismos, con sobra de temas.

Pero ¿y el resto del Reino?

Poco á poco fueron llegando noticias de los otros pueblos hermanos y cada una que venía confirmaba este hecho:

¡No quedaba una vivienda en pie sobre las tierras que se extienden de las orillas del Maule á las del Choapa en Coquimbo!

Iniciado en Valdivia, á lo que parece, corrió por todo Chile y siguió todavía al norte hasta morir en el Cuzco del Perú.

El señor Villarroel, siempre inclinado hacia lo sobrenatural, agrega el dato de que «hombres ancianos juzgaron uniformemente en la Concepción que, como fuere tomando fuerzas el elemento que mueve tan grande máquina, iría también creciendo la ruína y que desde luego daban por caído á Santiago».

Profetas del día siguiente!

Deslizándose por debajo de la mole de los Andes, una mano de aquel elemento llegó á sa-

cudir las provincias de Cuyo. Ruidos espantosos aterraron á sus moradores; pero no hubo desgracias materiales.

No así en la costa, pues en todos los puertos «advirtieron los pescadores tanta inquietud y tan extraordinaria violencia en las olas del mar que se subían sobre las más altas sierras que las cercan».

En Arica, estando las aguas como dormidas en plácida calma, hirvieron de repente en violentos borbotones y la fragata *San Nicolás*, que allí estaba, fué destrozada contra las rocas de la playa.

Este extraño y lejano preámbulo del terremoto de Santiago (seis días antes) determinó para Chile una nueva y cuantiosa pérdida; porque aquella *Nao*, como decían entonces, había salido de Papudo, llevando al Perú un cargamento de sebo, cordovanes, jarcias, que eran los frutos principales de la tierra.

La pérdida se estimó en doscientos mil pesos. Perecieron además catorce hombres del equipaje.

En carta al Rey, el Gobernador Mujica habla del naufragio de dos naves con igual cargamento y una pérdida de doscientos cincuenta mil ducados «en que eran interesados algunos

de los vecinos y todos los mercaderes, que son los que pudieran ayudar en algo á la reparación de esta República».

Queda por averiguar si estos dos últimos siniestros fueron dos en realidad, ó solamente uno, el primero, multiplicado por las exageraciones de los rapsodas de las costas y de los campos que contaban lo que oían, daban por visto lo supuesto y eran los únicos órganos de información de lo que ocurría entre las nieblas de la distancia que la falta absoluta de caminos y medios de transporte, interponía entre la capital y cualquier punto del país.

De todos modos, no llegó á Santiago el producto de la valiosa carga que embarcara la *San Nicolás*, cuando se la esperaba con novenas y rogativas como á un bálsamo llovido del cielo.

Se lo tragó la mar!

Porque el cielo no llovía sino azotes!

Sumadas al fin, todas las pérdidas, resultó que los muertos pasaban de mil personas, en su mayor parte los niños dormidos á la hora del terremoto. Los daños materiales los estimó la Real Audiencia en la enorme suma de dos millones de pesos, suma á la cual debían bien pronto agregarse nuevas partidas....

La cuenta quedaba abierta, bajo la mano del destino.

***

Mal informados estaban los que decían que el señor Villarroel había tenido revelación de que Dios, ya desenojado, suspendía el brazo de los castigos....

Los azotes seguían como en casa de Caifás.

El invierno anticipaba sus rigores, estremándolos cruelmente.

La vida, casi á plena intemperie, enfermaba á los más robustos; los ya enfermos se agravaban ó morían faltos de recursos.

El día 23, quedó para siempre imborrable en la memoria de aquella gente azás desdichada.

Durante varias horas cayó una lluvia torrencial en medio del fragor de los truenos y relámpagos.

Y volvió á llover, y en seguida nevó tres días, sin interrupción.

«Y en veinte días tembló más de setenta veces.»

«Con las lluvias que á 23 del mismo mes comenzaron, las trojes se corrompieron, las bodegas de vino se perdieron y las semillas to-

das de nuestro alimento se estragaron, si bien se puso tanto cuidado en preservarlas por esta audiencia que, gracias á Dios, no se padeció hambre ni sed».

Con todo esto ¿estaba ya suspendido el brazo de los castigos?

En muchos lugares la tierra se había abierto, formando cavernas colosales de las que salían líquidos inmundos y exalaciones pestilentes como de la boca de un cadáver.

Las aguas de hermosos manantiales que eran la vida de los campos y sus moradores, cesaron de correr.

De las cordilleras «se desprendieron peñascos de tal tamaño que sin encarecimiento pueden servir de cerros no pequeños donde pararon».

Siguió después un invierno excepcionalmente lluvioso y con las lluvias los ríos salieron de sus cauces y las aguas desbordadas en torrentes inundaron los campos, arrastrando no menos de cien mil cabezas de ganado.

Pero ¿no parece ya fábula de horrenda pesadilla tal cúmulo de negras calamidades?

Sin embargo, aún quedaban algunas gotas en el fondo de aquel cáliz de amarguras.

Las condiciones en que vivían no sólo los

pudientes si no los opulentos, no pudían ser más peligrosas para la salud. Imajínese cuál no sería la situación de los pobres, que eran los más, la de los indios, mirados en menos, y la de los negros, tratados poco menos que como bestias de servicio.

Lo más duro y asqueroso de los trabajos había caído sobre ellos. Rendidos por la fatiga, vivían sobre el fango, abandonados como animales inútiles.

Pronto se lloraron las consecuencias de tal estado de cosas.

Véase, en efecto, lo que refieren los graves Oidores, hablando al Rey: «Comenzó el contagio de un mal que aquí llaman chavalongo los indios, que quiere decir fuego en la cabeza, en su lengua, y es tabardillo en sus efectos, con tanto frenesí en los que lo padecieron que perdían el juicio furiosamente. Esta ha sido otra herida mortal para esta provincia. Tiénese por cierto que se ha llevado otras dos mil personas de la gente servil, trabajada y la más necesaria para el sustento de la república, crianzas y labranzas y como ya no entran negros por Buenos Aires, con la rebelión de Portugal, además de lo sensible de la pérdida, se hace irrestaurable en lo de adelante».

¿Qué raza de hombres era esa que así resistía á tamaña furia de los elementos?

Y cómo no enloqueció esa muchedumbre que cuasi desnuda y apiñada en sucias tolderías cual banda de míseros jitanos, «vivía con el credo en la boca», devorando las angustias de tantos horrores, sobre un suelo que se movía como un barco, pues que seguía temblando, hasta tres y cuatro veces al día?

Pero esos héroes, fruto robusto de tres razas poderosas, quedaron en la vida para trasmitirla hasta las presentes generaciones, superiores á los cataclismos, como los peñascos que contemplamos en las playas.

Apoyándose unos á otros con sus propias miserias, sobrevivieron á ese diluvio de adversidades, y sobre el capital de sus propias desventuras y desamparos, rehicieron la república más grande y próspera que antes: algo parecido á esa obra maravillosa de los infusorios que, uniendo los ínfimos átomos de su existencia, forman islas en el mar á despecho de sus vaivenes y tempestades.

Una fiebre violenta, únicamente, atacó á todos los vencedores de los númenes adversos, después de su triunfo: la fiebre de la devoción,

exagerada hasta los mayores delirios del fanatismo y de las más crueles penitencias.

Se diría que el demonio de la carne había encontrado en los azotes y cilicios una nueva sensualidad.

Y llegó á tener los caracteres de un vicio el afán de exagerar cada uno sus vergüenzas y pecados.

Todo lo que lo sufrían era «castigo justo de la mano de Dios, pero benigno y misericordioso, según nuestros grandes pecados (1)».

*
* *

Donde menos se pensaba apareció un nuevo causante de la ruína de Chile: el Gobernador Mujica, aunque estaba al frente del ejército en Concepción desde tiempo atrás, no trepidó en delatarse públicamente como tal.

La noticia de la catástrofe, aún siendo mala

(1) Ni en España y menos en América española, nadie habría osado negar que los temblores espresaban el enojo de Dios. El que más se atrevió á hacer una distinción teológica, que reconocía á la naturaleza cierta libertad de acción en estos fenómenos, fué el padre Olivares, cronista chileno, cuando dice: «Unos suceden por particular voluntad de Dios y para castigo de culpas.. Otros suceden por varias causas *naturales*, dejándolas Dios obrar para ostentación de su poder y aviso de su justicia».

nueva, tardó trece días en llegar á sus oídos. No obstante, en su carta de pésame al Cabildo de Santiago, exclamaba así: «No puedo echar de mí el horror en que me ha puesto este estupendo y pocas veces visto castigo de la poderosa mano de Dios, *á que tanto ayudó la gravedad de mis culpas*».

Don Martín de Mujica (1646-1649), que había reemplazado al marqués de Baides, era un hombre honrado y bueno; pero bueno como pan duro.

Taciturno á lo Felipe II y creyente cerrado, debía tener la cultura que dan los largos viajes y grandes guerras. Llevaba, sin embargo, á cuestas la pesada carga de las burdas supersticiones de su tiempo y de su patria.

Al llegar á Chile quedó como anonadado ante el cúmulo de miserias, crímenes y corrupciones que vió en todas partes y en todos los oficios.

El vió con sus ojos «mujeres que desnudas y descalzas por su persona asisten en el campo, por no tener comodidad ni que vestirse en el lugar, hijas de muy honrados soldados á quien la guerra reformó por su largo servir ó mucha edad».

A su parecer, en todo el reino, no había «seiscientos vecinos de familia y casa».

Al imponerse de la estensión del siniestro, Mujica llegó á olvidarse de sí mismo y de los respetos que debía á los dineros del Rey.

Pobre, como buen soldado, envió, sin embargo, al Cabildo un donativo de dos mil pesos, avergonzándose de que la cortedad de su caudal no le permitiera cosa mayor.

Sólo pedía que ante todo «se mire por el sustento y habilitación de las monjas, como esposas de Dios.»

Después, sin vacilar, cometió el sacrilegio político de abrir la caja del tesoro real, de la que sacó para el mismo objeto, la suma de tres mil pesos de los dineros del Rey, á quien nada le importaba que temblara ó nó en su reino de Chile.

Mujica no ignoraba que esto constituía el más grande desacato contra lo sagrado y real de los fondos públicos y alguien debió prevenirle que doña Marina Ortiz de Gaete, la viuda de Pedro de Valdivia, había vivido en Santiago casi en la miseria, porque al llegar se encontró con que los bienes de su esposo habían sido embargados y vendidos para devolver al rey las sumas de que el gran soldado había dispuesto para impedir que los araucanos borraran hasta el nombre de España en Chile.

Á ejemplo de Mujica, el ejército y el vecindario de Concepción reunieron no menos de cinco mil pesos.

En Lima, la noticia del terremoto causó profunda consternación. Se suspendieron las fiestas con que iban á celebrar la terminación de las fortificaciones del Callao; se decretaron procesiones y rogativas para aplacar la ira de Dios y en suscripciones populares, generosamente encabezadas por el virrey y el Arzobispo, se juntó un socorro de cerca de veinte mil pesos.

Naturalmente, el reparto se hizo en conformidad á las ideas dominantes.

«Repartiéronse estas cantidades, dice Mujica, con el mejor orden que se pudo entre la iglesia Catedral, las religiones y monjas, así como para el sustento de que carecían como para que estuviere con la decencia debida el Santísimo Sacramento á que atendí con particular cuidado.

En estos auxilios se emplearon unos veinte mil pesos. El resto quedó para los hospitales, los pobres de solemnidad, viudas, huérfanos é inválidos.

En fuerza de las súplicas reiteradas de Mujica, de la Audiencia y del Cabildo, y mediando como apoderado de la ciudad de Santiago ante la

Corte de España, el padre Alonso de Ovalle, el rey consintió, tras muchas fatigas, en hacer merced de que por tiempo de seis años, «sean libres de la paga y contribución de los derechos de alcabala y unión de armas... y los derechos de salida y entrada de todos los frutos,» etc.

Y como limosna de su real mano, agregó que enviaba instrucciones á su Capitán general y demás autoridades para que vieran medios y arbitrios de procucarse recursos en el país para remediar las necesidades con parte de lo que produjeran «porque no recaiga todo sobre mi real hacienda».

Era este rey don Felipe IV, el de doña Isabel de Borbón... (1).

***

Por fin, lucía nuevamente el sol y soplaban

---

(1) Sorprende, en verdad, no encontrar noticias acerca del efecto que produjera en Buenos Aires la ruína de Santiago.

Como se recordará, el marqués de Baides había enviado á aquella ciudad un socorro de doscientos hombres.

En los años trascurridos desde la remotísima fecha de ese fraternal auxilio, hasta el eclipse parcial de nuestras relaciones con la Argentina, las pruebas de sincera confra-

las brisas cuasi primaverales del que todavía no era «Septiembre el inmortal».

El trigo crecia en los campos y las murallas en las calles de Santiago, ya limpias de escombros.

Las caras sonreían, aunque todavía llorosas, como cuando llueve con sol.

Santiago era un gran colmenar sin zánganos. Se trabajaba en concluir las casas con el empeño del que hace su propia cama; pero no tan en paz que no hubiera sido preciso de toda la prudencia y entereza del Gobernador Mujica, para evitar graves contratiempos, quien sabe si hasta una de esas revueltas con que los más pacificos y creyentes defienden su dinero aún contra los santos de su devoción.

Ya se ha visto como la gran mayoría de los habitantes de Santiago no era en buena cuenta sino arrendataria de los conventos y demás instituciones religiosas. *El piso* que era lo úni-

---

ternidad entre ambos pueblos fueron tan constantes y sinceras que constituyen una ley histórica; pues en más de dos siglos y medio todo suceso feliz ó desgraciado para el uno fué compartido por el otro como cosa propia.

Sorprende, igualmente, que nadie haya escrito en libro especial esta hermosa página de la historia de dos pueblos hermanos.

co que había quedado, pertenecía á éstas bajo el peso de los censos que gravaban á casi todos los solares.

En tales condiciones, destruídas las viviendas, los vecinos decían: á qué reedificar si el valor de la propiedad resulta inferior al del censo?

Y un sordo rumor, indicio seguro de tempestades populares, clamaba en todas partes contra tamaña expoliación.

Bien estaba Dios en los cielos, bien los santos en sus altares y los frailes en sus conventos; pero no era bien que éstos se lo llevaran todo.

Para que se comprenda cuánta razón asistia á los nuevos protestantes, baste considerar que á más de los tributos que la escasa y esquilmada población de Santiago pagaba al rey y de las otras contribuciones y gabelas locales, el importe de los censos se hacía súbir á la suma fabulosa de un millón de pesos.

Hubo cabildo abierto en la plaza.

Mujica vió allí con espanto la valentía con que aquel ganado ya sin lana, vociferaba enfurecido:

—¡Abajo los censos!

Los más pacificos preferían abandonar sus solares.

No se cancelaron aquellos, como pedían los más; pero mediante la enérgica intervención de Mujica, se logró rebajar á tres por ciento el interés de cinco fijado á la sagrada hipoteca.

Desvanecida así la tormenta, quedó presente la dificultad de encontrar brazos para todos los trabajos. La escasez era tanta que el Cabildo no vaciló en declarar «no ser estraño en derecho el compeler á trabajar á las personas viles ó serviles, ociosas y vagabundas», pero tuvieron que proceder con mucho tino para no producir un daño mayor: la fuga de los indios hácia los campos de la Argentina.

Se indultó también á varios criminales y se sacaron de las filas del ejército á todos los que entendían de obras.

*
* *

Todos trabajaban, como se ha visto, en reedificar la ciudad, reemplazando con humildes viviendas, cuasi ranchos, las que fueran casas señoriales; los más empeñosos eran las autoridades que habían encabezado la oposición á la mudanza de Santiago; mas nadie logró arrebatar á la actividad del ilustre Villarroel, la palma de la victoria.

Mientras iniciaba la construcción de una Ca-

tedral digna del nombre, el obispo resolvió levantar otra de madera y al efecto solicitó. «que de las tablas que de la ruína del Cabildo habían quedado, se sirviesen mandar prestar las que hubiese y pudiese».

Y «se hizo una iglesia de tablas de ciento cuarenta pies de largo, capaz aunque con estrechez, de concurrir en ella el pueblo, el clero, con su Obispo, la Audiencia y Cabildo».

Al propio tiempo Villarroel iniciaba la fábrica de la Catedral definitiva; pero mala hora aquella en que pidió tablas al Cabildo, dadas las molestias y aún afrentas que esto le ocasionó, y que han de contarse para que se tenga idea del ambiente de pequeñeces y ruindades en que vivían los representates del rey.

La Audiencia no había ayudado á Villarroel si no con los ojos, al contemplar la rapidez de los trabajos; no obstante esta estudiada abstención, á mediados de Agosto, envióle al obispo un insolente mensaje en el que le ordenaba: «que luego sin dilación alguna su señoría disponga que se haga la dicha traslación y que se haga luego para el domingo próximo que viene, 25 días del corriente, sin excusa alguna porque de no hacerse así, se hará lo que se debiere hacer por esta Real Audiencia para ejecutarlo».

Villarroel que si era el pastor, era también el perro guardián de su rebaño, y muy bravo cuando veía amenazados sus fueros, no se dió la molestia de contestar, y como lo tenía anunciado, el día 1.º de Septiembre celebró la inauguración de la iglesia nueva con una gran festividad de *Corpus*.

La Audiencia entonces ordenó que el Tesorero de la Catedral hiciera el inventario de sus bienes.—Villarroel contestó que nadie mejor que él podía hacerlo, puesto que él los había sacado de entre las ruinas «sobre sus hombros sin ayuda de hombro humano».

Allende de esto, la Audiencia exigió la cuenta del dinero invertido en la construcción, siendo que los oidores no habían puesto de la Hacienda del rey un solo real, "y todo era obra y milagro del celo y generosidad del ilustre Obispo.

Aún se apropiaron los reales magistrados de la suma de cuatro mil y tanto pesos, enviados desde Lima para la fábrica de la Catedral.

Las cosas llegaron al extremo de que la Audiencia se preparaba para desterrar al Obispo y éste para excomulgar á la Audiencia.

Intervino entonces el pueblo de Santiago para pedir «á su padre y pastor» que fuera á Lima, á fin de evitarle la afrenta del destierro.

El Obispo se negó á complacerlos; pero la misma enormidad del conflicto determinó una solución amistosa, y ambas autoridades ó sea los *Dos Cuchillos*, como él decía, convinieron en vivir en lo sucesivo en decorosa concordia.

Sobrábale, pues, razón al gobernador Mujica cuando para aliviar la situación de Chile, entre otros arbitrios, proponía la supresión de la Audiencia que demandaba cuantiosos gastos y solo servía para formar pleitos y ruidos eternos.

EL SANTO CRISTO DE LA AGONÍA

EL SANTO CRISTO DE LA AGONÍA

En 1604 llegó de Lima, sirviendo el cargo de secretario del visitador fray Diego de Castro, el fraile agustino Pedro de Figueroa. Contaba 24 años de edad, era limeño y debió tener sin duda, talento natural de tallador, porque «sin saber nada de escultura, dice el cronista Olivares, hizo imágenes de Cristo, ya orando en el huerto y reo ante Pilatos, ya azotado en la columna, tan propias y perfectas, que era admiración. En lo que se vió que si el amor es poeta, también es pintor».

Según cuentan sus amigos, Figueroa llegó á tener olor de santidad. «Traía continuamente cilicio, gastaba muchas horas en oración y lectura espiritual, ayunaba de contínuo y tomaba rigorosas disciplinas».

También debió de ser fraile de campanillas: porque «comunmente le llamaban santo y como á tal le veneraban y visitaban el señor Obispo, los Oidores y las personas principales de todos estados», lo cual no fué parte á impedir se le hiciera una grave acusación contra su honor.

Pero sea de esto lo que hubiere sido «allá en tiempos de entonces», queda como cierto que el nombre de Fray Pedro de Figueroa, atravesando los siglos ha llegado hasta nosotros, caballero en su renombre de milagroso artífice de la venerada imagen del *Santo Cristo de la Agonía,* que así lo llamó su autor.

Concluída la obra, cuyo importe ascendió á la ínfima suma de «doce patacones y seis reales», incluso la mano del carpintero ayudante, Figueroa la entregó á principios de 1613, á la ruda veneración de los hermanos de la Cofradía que había fundado para instruír y disciplinar «á la gente de servicio, por ser ella la más destituída de maestros espirituales».

Se ve, pues, que el Señor de Mayo no fué un Señor de sangre azul: fué hecho para señor del terrible gremio de las indias, zambas y mulatas que servían de cocineras, sirvientas de mano, esclavas y chinitas de alfombra, circunstancia que explica el por qué no es aristocrática sino

esencialmente plebeya, la concurrencia que escolta la procesión del 13 de Mayo.

***

No azuló los pañales de su cuna todo el favor que le dispensó la *Quintrala*, vecina, comadre y protectora de los frailes de San Agustín, los que, á su turno, eran de ella sus mártires y confesores para no decir tanto como Vicuña Mackenna que llega hasta darles visos de amantes á granel.

En 1626, aquella dama y su esposo, don Alonso de Campofrío, elevado á la dignidad de millonario consorte por ese peligroso enlace que se convirtió en pacto de asesinos, fundaron una capellanía con cuatro mil pesos de capital, á fin de que con su renta de doscientos pesos que debía producir al año, se oficiara todos los viernes una misa cantada en el altar de aquella «imagen espantosa de la muerte», «sueño cruel» de la fantasía de un fraile embriagado en el misticismo batallador y sanguinario de su época.

Ya se ha visto como en la horrible noche del terremoto fué «conducido á la plaza, con grandes clamores y universales gemidos, el de-

votísimo crucifijo». Allí quedó por varios días sobre los montes de escombros, como en un nuevo calvario, acompañado de las imágenes de Nuestra Señora del Socorro, que trajeron de San Francisco y la de San Saturnino, que enviaron las monjas Claras.

Se recordará también que en la noche del 14, un fraile echó á correr la profesía de que el 13 de Agosto de 1648 otro terremoto aniquilaría á Santiago.

Villarroel instituyó entonces una cofradía «con advocación del Santo Cristo de San Agustín y porque estuvo muchos días en la plaza acompañado de nuestra señora, llamé á aquella Hermandad de Jesús María».

En el aniversario fatal y á la hora en que los pronósticos anunciaban el hundimiento de la ciudad, el Obispo dispuso que sacaran en procesión la imagen del Señor de la Agonía.

La procesión regresó á la Plaza á las 10 de la noche. «Salió con grande solemnidad y exedióla la devoción; *los aspados causaron monstruosidad*; los penitentes llenaron un número increíble; la cera y el gasto desmentían el terremoto.

«Y á la misma hora del terremoto, subí yo en el tablado (construído en la plaza) porque seis

iglesias juntas no bastaban para el auditorio; había allí más de siete mil almas y como prediqué á un pueblo tan lastimado, tan devoto y tan conmovido, trabajó poco la retórica en obligar á correr arroyos de lágrimas».

Y la ciudad quedó en pie.

En cuanto á los «aspados que causaron monstruosidad», no estará demás recordar que este suplicio era una penitencia pública, muy usada en las ceremonias de Semana Santa: el penitente llevaba los brazos estendidos en forma de cruz, atados por las espaldas á una barra de hierro, á una espada, á un madero, etc.

El Cabildo de la ciudad tomó, por su parte, el siguiente acuerdo:

«En la noble y leal ciudad de Santiago de Chile á diez días del mes de Mayo del año de 1648, la Justicia Regimiento de esta ciudad, que van á firmar con sus nombres, se juntaron en el lugar acostumbrado y acordaron lo que sigue: este día. De común acuerdo de todos los capitulares y á más autorizado por escribano para perpétua memoria. Las sacratísimas imágenes de Jesucristo deben sacarse en procesión el 13 de Mayo y para ejemplo de la ciudad y de éstos reinos y del mayor servicio de su Divina Majestad siendo intercesora con su pre-

cioso Hijo, acordaron que por este mes y año y para siempre y á fin de que nos libre de los terremotos, pestes y temblores, acordaron que en la procesión que en este día 13 de Mayo sale, del señor de la Agonía, del Convento de San Agustín de la Advocación de Jesús María agregada á la del glorioso San Nicolás de la Penitencia, vayan todos los señores de este Cabildo con velas de á dos libras cada una y con sus maderos como salen en la de Vera Cruz y lo mismo han de hacer las comunidades y conventos, costeando este Cabildo la cera para que la unión de lágrimas obtenga de Jesucristo el perdón, llevando el guión el Alcalde en la mano como en la procesión de la Vera Cruz, debiendo descubrir á la Majestad todo el día 13, comulgando los del Cabildo en la Catedral en la misa mayor para ejemplo de los fieles, etcétera».

***

Y aquí salta una cuestión que ha venido molestando á los Reverendos Padres de San Agustín desde el año mismo del terremoto hasta el presente, y es ésta:

¿Estuvo ó no estuvo alojado el Señor de Mayo en casa de la Quintrala durante el tiempo que demoró la construcción del templo de San Agustín?

Como se ha visto, éste se derrumbó totalmente en fuerza del terremoto, de modo que llevado á la Plaza ¿á dónde volvió?

¿Quién le dió albergue?

Vicuña Mackenna, que es el autor de este alboroto, dice que «sea como fuere, lo que el vulgo sabe hasta hoy de aquel agravio es que el Cristo de la Agonía volvió en una ocasión airados los ojos (cual hoy los tiene) sobre el rostro de doña Catalina, dicen los unos porque se presentó á su vista con un excesivo descote, y otros porque azotaba y ceroteaba en su presencia á los esclavos, talvez con las áscuas del altar que lo albergaba. Y fué entonces cuando la soberbia Quintrala lo hizo salir de su aposento con estas palabras que ha conservado la memoria de las muchedumbres:

—Yo no quiero en mi casa hombres que me pongan mala cara. Afuera!

Los padres Agustinos desmienten todo eso; pero en lo que no cabe dudar, porque aún vive gente que lo vió, es que, un cuarto de la casa de la Quintrala, que tenía puerta á la calle de

Amargura (Agustinas), servía de guarda-ropas á la cofradía del Señor de Mayo (1).

Voces vulgares añadían que un *zótano* comunicaba el convento con la endiablada mansión de doña Catalina «íntimamente ligada desde el pañal á la mortaja con la orden de San Agustín, en cuyo presbiterio yacieron los féretros de todos los Lisperguer, incluso el de ella misma».

Pero si la madre de la Quintrala fué asilada y escondida por los Padres en la clausura de su convento, cuando por sus crímenes la perseguía la justicia del rey y del obispo Salcedo y entre aquéllos vivió en cuerpo y alma y más en cuerpo que en alma por tener muy poco de ésta y muchísimo de aquél ¿qué supone entonces, y á quién ofende que la imagen del hombre de la mala cara permaneciera un tiempo en la regia morada de la más opulenta, ilustre y rumbosa de sus devotas?

Y esa devoción fué la única pasión inocente en que perseveró la Quintrala «desde el pañal á la mortaja».

Al dejar este mundo le dejó también la última prueba de su amor en un legado de seis

---

(1) La cuadra á que daba el frente de la casa se llamaba de La Muerte.

mil pesos con que enriqueció para siempre á la cofradía encargada de perpetuar su adoración. Seis mil pesos en aquellas edades sonaban y valían como cuarenta mil en la nuestra.

***

Cierto pintor chileno, á la vez que enviaba sus cuadros al *salón*, pintaba de *incógnito* imágenes de santos que se vendían á muy buen precio.

Preguntáronle un día por qué recargaba tanto la fealdad de sus imágenes.

— Se venden más, contestó el artista: el pueblo cree que los más feos son los más milagrosos.

Ello es que durante la Colonia ningun otro santo logró sobreponerse á la fama nacional del Señor de Mayo, á pesar de las intrigas que se pusieron en juego para destronarlo.

En esta demanda fué vencida la misma omnipotente Orden de los Jesuítas.

Sucedió, en efecto, que después del terremoto, cada iglesia poseyó un santo que acababa de hacer milagros portentosos.

Los jesuítas creyeron ganar la partida entregando á la adoración de los fieles, un crucifijo estraído *por milagro* de entre las ruinas de su templo.

Aunque la lluvia de escombros le había roto los dos brazos, se encontró que la imagen se mantenía recta á la cruz, sujeta por el clavo que hería los pies, y que de una herida de la cabeza había manado sangre viva y verdadera.

El pueblo lloraba enternecido, pero el prestigio del Señor de Mayo seguía en aumento.

Parecía que después de cada temblor sus devotos le descubrían un nuevo prodigio.

Ya se sabía que había sido hecha por milagro.—A la sazón se afirmó que no era obra humana, sino que la imagen se había aparecido sola.

Que la corona caída á la garganta no puede sacarse sin romperla.

Que al tocarla tiembla.

Y que las espinas, internándose en la madera, lo van degollando y que cuando caiga la cabeza, se acabará el mundo.

De allí á poco no se habló más del Crucifijo de los Jesuítas.

***

En cuanto al mérito artístico de la obra milagrosa de Figueroa y á la figura misma del Redentor, ningún otro juicio puede ser más imparcial que el del ilustrado padre Victor Matu-

rana. En su *Historia de los Agustinos en Chile*, dice á este respecto lo siguiente, sin que lo ciegue el cariño:

«Si se examina por el lado del arte, no tiene mérito alguno. El cuerpo casi es tan vasto como el tronco de un árbol, cuyas ramas son los dos brazos; en el rostro es donde solamente se observa algún estudio.

«Más lo que allí llama la atención, no es la perfección de la obra, sino más bien la novedad de la idea.

«El padre Figueroa se inspiró en la dolorosa agonía del Redentor y quiso expresar tallada en la madera aquella frase del Evangelio: Y Jesús, dando una gran voz, expiró».

Este último y supremo esfuerzo de la humanidad anonadada y abatida, lo hizo ver el padre Figueroa en un rostro levantado y dolorosamente contraído, los ojos algún tanto abiertos y salidos de sus órbitas, la boca á punto de exhalar aquella postrera voz de vida y de dolor.

Esto es bastante imparcial; pero el respeto ha impedido decir al R. P. Maturana que ni el alma ni la misión de Jesús están esculpidas en aquella faz amoratada y feroz.

Es más bien, únicamente, la del señor que

debía meter miedo y contener los desmanes de la «gente de servicio» que confesaba sus pecados en los oídos del padre Figueroa.

Pero así era la concepción que los frailes de la colonia tenían del hombre sublime que dijo:

—Ama á tu prójimo como á tí mismo!

*
* *

Tal fué la catástrofe á que el pueblo dió el nombre ya legendario de: *Terremoto del Señor de Mayo.*

Según las crónicas, siguió temblando diariamente hasta principios de 1648.

En Abril de 1649 murió el Gobernador Mujica en circunstancias que pusieron como el último sello de horror á los recuerdos de esa catástrofe.

«Estaba sano y bueno, dice el padre Rosales».

Acabando de oír misa y sermón, vino á comer al tercer día que llegó á Santiago. La comida era de ostentación, los convidados muchos, y al primer plato que le pusieron de una ensalada, apenas la comenzó á comer cuando sintió la fuerza de un eficasísimo veneno.

El día del juicio, agrega el padre, se sabrá quién hizo esa muerte.

ÍNDICE

ÍNDICE

	Págs.
El Obispo Villarroel	9
Santiago á la fecha de la catástrofe	29
El P. Ovalle	65
El terremoto	73
Después del temblor	91
El Santo Cristo de la Agonía	127

JAN 8 1940

SA 6779.05
El terremoto del Senor de Mayo.
Widener Library 006431904
3 2044 080 524 390